

interín

**DESVARÍOS SOBRE LA CULTURA
PRE, DURANTE, Y ¿POST? PANDEMIA**

**José Heinz
Elian Chali**

José Heinz, Elian Chali
Interín: desvaríos sobre la cultura pre, durante y ¿post?
pandemia /
1a Ed. - 1 Impresión - Ciudad de Córdoba
El servicio postal, 2020. Con apoyo del Centro Cultural
España Córdoba.
72 p.; 9,5 x 17,5 cm.

Impreso en Lencioni srl.
Av. Vélez Sársfield 1630 / 34, Cáceres,
X5016GNC Córdoba

Octubre 2020

Edición: Juan Manuel Pairone
Diseño: Milagros González Ruzo



Publicado bajo licencia Creative Commons
Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional.
La presente publicación puede ser compartida, copiada, re-
distribuida, adaptada, remixada y transformada en cualquier
formato, incluso comercialmente, siempre y cuando se haga
expresa cita de la fuente. Los autores y editores consideran
que la cultura debe ser de libre circulación, aunque haya leyes
y mercados dispuestos a impedirlo.

Índice

09 | Algunas palabras previas

11 | Parte 1. La normalidad

41 | Parte 2. La nueva normalidad

Algunas palabras previas

A fines de noviembre de 2019, Elian Chali viajó a Emiratos Árabes para realizar una de sus obras de gran tamaño. El resultado fue “Sharp Liquid”, un mural de 360 grados plasmado en una construcción de la calle Al Falah de Abu Dhabi, que a través de su estilo característico –colores plenos, geometrías y trazos dispares– entabla un diálogo con la arquitectura del lugar. Fue una de sus últimas obras antes de la llegada de la pandemia.

Algunos días antes de ese viaje, Chali fue una de las miles de personas que estuvo en La Nueva Generación, un festival que se realiza todos los años en Córdoba, su ciudad natal, y que intenta mostrar la renovación artística (de música, más específicamente) que ocurre en Argentina. Por sus escenarios desfilaron los grandes referentes y las promesas emergentes, una mezcla que visibiliza las formas de consumo de la gente joven de la actualidad: variopinta, fragmentada, tan visual como sonora.

Por allí también estuvo el periodista y escritor José Heinz, con quien Chali mantiene una amistad alimentada no sólo por sus respectivos oficios, sino además por varios intereses en común, que van desde artistas específicos a conceptos más abstractos, como las mutaciones de ciertas ideologías del siglo XX o las libertades que promueve y a la vez dificulta esta era de conexión permanente. Aunque se cruzaron por algunos minutos en el predio, ambos notaron y comentaron un cambio sustancial en el aire del festival que no terminaron de definir en aquel rato, pero que percibían motivado e influido por cuestiones de agenda: pocos días atrás, Alberto Fernán-

dez ganaba las elecciones presidenciales y así sentenciaba el fin de los cuatro años de gobierno macrista, un mandato que dejó al país al borde del precipicio.

Chali y Heinz quedaron en discutir esas impresiones vía e-mail, y lo que comenzó como un intercambio sobre artistas y escenarios –tal como entendía Brian Eno a la suma de talentos– de a poco fue virando a otras temáticas, como suele ocurrir con las conversaciones que se disfrutan y ponen a prueba las ideas de cada involucrado: el rumbo del mundo, la utilidad del arte, las crisis económicas, los avances tecnológicos y el poder ciudadano, entre otras cosas que fueron debatiendo a su modo, menos con autoridad que con entusiasmo y cierta preocupación.

Aquel intercambio digital fue mermando con el correr de las semanas, pero cuando la pandemia comenzó a eclipsar todo, a partir de marzo de 2020, ellos encontraron un motivo perfecto para continuar con la charla, esta vez desde un confinamiento que obligaba a observarlo todo desde las pantallas. Y una vez que decidieron concluirla –la cuarentena empezó a flexibilizarse en Córdoba, lo que permitió que pudieran sentarse a una mesa a discutir en persona, como no ocurría hacía meses– optaron por rescatarla de sus casillas de correo y transformarla en un .pdf, como un reflejo de los días de encierro, cuando el mundo parecía haberse detenido y daba la impresión de que podían suceder cambios profundos. Ahora sabemos que no fue así, pero cada idea manifestada en esta ida y vuelta entre Chali y Heinz es producto de ese momento, ese corte en la historia que marcó el coronavirus (de hecho, se optó por dividir en dos el intercambio: el primero es previo a la pandemia; el segundo, una vez desatada).

Ninguno de los dos pretende ofrecer una mirada absolutista de ningún tema, sino compartir impresiones de un fragmento de sus vidas, incluidas las dudas y los sentimientos. Y se invita a quien se encuentre con ellas a dejar las suyas.

Agosto 2020

Parte 1. La normalidad

from: José Heinz <joseheinz@gmail.com>
to: Elian Chali <elianchali@gmail.com>
date: Nov 22, 2019, 2:22 AM

Elian querido, espero que la estés pasando a pleno en Abu Dhabi, después contame algo de ese lugar.

Me quedé con ganas de seguir la charla que tuvimos en La Nueva Generación. ¿Te gustó el festival? ¿Cuál te pareció el show más disruptivo?

Abrazos.

from: Elian Chali <elianchali@gmail.com>
to: José Heinz <joseheinz@gmail.com>
date: Nov 22, 2019, 4:05 AM

Hola Jopi, acá vamos.

Me gustó mucho LNG por motivos que a su vez me hacen pensar otras cosas y no son específicamente por las producciones artísticas.

Me gustó porque inevitablemente caí en la comparativa de cuando yo tenía la edad promedio de consumo del festival (¿de 16 a 24, podríamos decir?), lo cual no fue hace tantísimo. Pero pensaba en los “valores”, “códigos” o “formas de manejarse” en un evento cultural como este, y me pareció que había un abismo de diferencia. Aun con la clase social bien bien marcada, se podía ver un aura de respeto y de tolerancia

muy distinta a cuando yo asistía a los equivalentes a LNG de hace 15 años, en los que el movimiento por el evento se basaba en el destrato a las chicas o esa agresividad amistosa con los amigos.

Sobre los shows: me acuerdo de haber hablado con Eric¹ hace años y que él me dijera “la música no se divide más por géneros musicales, sino por género etario”, una cosa así. Eso me lleva a pensar que esa suerte de “división” o “clasificación”, por así decirlo, ya no está en manos de quien produce, si no de quien consume. Si a esto le sumamos la estrategia del *feat*² que se promulga de manera exacerbada, desde la explosión de las reproducciones y la diversificación de canales de YouTube (porque más que un *split* de estilos o convergencias musicales o disciplinarias, a esta estrategia la localizo en el campo del reconocimiento o validación cruzada o tácticas dinamizadoras de difusión o viralización), nos da como resultado una arena artística tan diversa que pareciera que el termostato que evalúa la calidad creativa reside en los resultantes o en los *feedbacks* sociales más que en las poéticas, calidades de shows.

Te pongo un ejemplo: el show de Juan Mango el sábado fue impecable, pero el público no lo captó. No tiene que ver con las “canciones conocidas” o tocar un nuevo tema, porque de hecho este público re avala cuando se hacen temas nuevos. Es decir, están ávidos de la novedad y acompañan al artista en esto, a diferencia de otras generaciones de consumidores, que abucheaban a los nuevos temas o pedían el mismo clásico de hace 40 años.

Tampoco tiene que ver un asunto rítmico o atmosférico – podría decirse que su show resultó bastante “plancha” para el

1 Eric Davies, productor general de La Nueva Generación.

2 Abreviatura de featuring (colaboración).

horario—: simplemente, por algún motivo que desconozco, no prendió en el público.

Hubo otros shows que tuvieron un clima similar y, sin embargo, veías a la masa encendida, atenta. Pienso que es peligroso, porque si la brújula la maneja un público que se desencanta rápido y se vuelve altamente demandante por nuevas producciones, el tiempo de rebote necesario de una obra (para que sea memorable o logre impregnarse en el imaginario cultural) se vuelve casi nulo, y nos dará como resultado un tiempo de gran cantidad de producción, pero sin significantes.

En lo concreto y a lo guaso, se pueden diferenciar dos grandes líneas: rap/hip hop/trap/canción melódica versus indie/rock/folk. De más está decir que estas dos se entremezclan constantemente, ¿no? Su resultante híbrido es la generación etaria de la que hablamos. Pero me interesa hacer esta suerte de gran clasificación para entender los shows.

En sus puestas, *layout* técnico y modos de diálogo con el público, son completamente distintas, pero cada una de estas líneas son iguales internamente. La forma de abordaje del escenario. Las vestimentas y hasta la actitud tienen grandes similitudes entre sí. Está bien que Wos y Duki no son lo mismo, pero si ponemos en el medio a Ca7riel y Paco Amoroso, de repente la distancia entre Wos y Duki se empieza achicar.

Noté algo con ciertas reminiscencias a la psicodelia y los '60-'70 en la vestimenta y en la actitud sexualizada que cuestiona la hegemonía y formas vinculares que ha tenido el rock en los últimos 30 años en Argentina, aunque el festival sea esencialmente heterosexual. Me gustó ese punto como un modo de proceder estético y diversificado en el que pueden

ser terreno fértil de nuevas manifestaciones artísticas.

Respecto al festival en sí, como te comenté los otros días, la estructura del Complejo Ferial³ responde a una novedad de otra época, ha quedado como avejentado. Si a esto le sumamos que los eventos que contiene el lugar no ayudan a su resignificación, podríamos decir que ese predio es otro de los grandes hitos del abandono arquitectónico cordobés. Sin embargo, y con prosa nostálgica, pareciera que LNG logra reprogramar el lugar con la misma operación artística que utilizan los propios artistas del festival: tomar un sonido de otra época, tecnologizarlo, acudir a lo *vintage* como clima creativo. En ese sentido, creo que el lugar jugó demasiado a favor, ya que la propia historicidad impregnada en su estructura logró cortar con lo jovial y novel de este movimiento: había una nueva generación y una vieja generación construyendo un nuevo sentido común.

- 16 -

Me pareció—al igual que muchos eventos, no sólo en Argentina sino alrededor del mundo— que los contenidos paralelos a lo principal (la música) estaban un poco descuidados. Faltó más cartelería, más puesta. Lo mejorcito era todo lo relacionado con lo gastronómico, y pareciera que eso está cuidado porque es una fuente de ingreso fuerte para el proyecto. No lo culpo, pero sí lo critico, porque esta generación de *prosumidores* que es el público tiene un alto contenido visual. De algún modo, faltó el lugar para “la foto del festi”, y lo laberíntico del predio ayudó a que esto no se notara tanto. En un *venue* liso o ascéptico, esto se vendría demasiado al frente.

Por otro lado, la estrategia de doble escenario me pareció

³ Ubicado en la zona noroeste de la ciudad de Córdoba, frente al estadio mundialista Mario Alberto Kempes, el Complejo Ferial fue diseñado por el arquitecto Osvaldo Pons en 1978 y se lo utiliza para diferentes eventos, desde ferias a festivales. Se lo considera un emblema del modernismo arquitectónico latinoamericano. Funcionó como sede de La Nueva Generación en 2019.

inteligente, porque no forzabas a los artistas a un solo escenario gigante, podías armar la técnica del siguiente mientras uno estaba tocando y de algún modo generaba una dinámica distinta. Y creo que está bien, funciona. Lo hubiera maquillado un poco más, tal vez esa hubiera sido la foto del festi. No sé.

También noté que había mucha gente grande. Es decir, que aunque sea un festi principalmente para pibes, mucha gente acompañó a sus hermanos, hijos, etc. O tal vez fue *motu proprio* a ver los shows, y no me pareció que estuviera mal ni que quedara descolgado. Acá creo que trabajaría las zonas reservadas –o “áreas VIP”–, no con la idea de jerarquizar el evento, sino para dar el lugar que corresponde a cada uno. Total había un clima seguro, te sentías cuidado. En este sentido, un padre puede ir con un pibe, dejarlo que se vaya solo e ir a un lugar donde pueda estar con los suyos.

Yendo a la pregunta que me hiciste: creo que de todos los shows, mi preferido fue el de Ca7riel y Paco Amoroso. Estuve atrás del escenario y vi cómo calentaban: son pibes de 21, 22 años, tocaron con la banda completa, preparadísimos sus *outfits* para la ocasión, un repertorio de canciones bastante variadas. Son raperos pero tienen la irreverencia del punk, manejan el público de una forma muy picante, no sé. Me pareció un show de la puta madre, muy enérgico y sin el *backup* de estrella que protege a Wos, como tener de guardaespaldas a Ofelia Fernández, Angelita Torres o su discurso progre.

Yo tengo un solo asunto que no logro descifrar y te lo devuelvo en forma de pregunta: ¿Qué obra de todo esto te resulta memorable? ¿Cuál es el himno de esta generación? ¿Existe? Esta pregunta se extiende a videoclips, eventos, canciones, obras visuales, etcétera. No sólo por el festival.

from: José Heinz <joseheinz@gmail.com>
to: Elian Chali <elianchali@gmail.com>
date: Nov 30, 2019, 1:15 PM

Empiezo por el final, la pregunta sobre si existe un himno para esta nueva generación. Respondo de forma lateral, porque el concepto de “himno” ya me resulta un poco problemático (lo relaciono a esas canciones rockero-melancólicas para estadios, y no sé si estas bandas están metidas en eso). Pero te voy a decir cuál me parece la canción argentina del 2019: *OUKE*, de Ca7riel y Paco Amoroso.

Creo que capta el ánimo de esa juventud. La letra tiene guiños generacionales: el *smartphone* como archivo personal, el humor absurdo, muy parecido al de los memes, la idea de meter a un personaje *que existe*—Esteban Lamothe, un actor—, fumar flores como acto creativo y ocioso y, sobre todo, la idea de estar creando algo nuevo y excitante. Mi parte favorita es la de Paco hablando de sí mismo en tercera persona, cuando dice “Desde el cielo me cuida la nona/ con Paquito cambiando el idioma”. Esas dos frases concentran un montón de cosas: ternura, arrogancia, humor, diversión... Y encima la letra viene hablando de otras cosas, como si fuera una asociación libre de ideas.

Y después está la música, muy contemporánea, esa producción que suena tan bien. Creo que el responsable es Evlay Beats, que dio un taller en LNG. *OUKE* tiene deformidad, *adlibs*, subidas y bajadas, dos tonos de voces muy diferentes, que pronuncian raro el castellano y a la vez se complementan perfecto. En una parte juegan con el “Annie, are you OK?” de *Smooth Criminal* de Michael Jackson, pero a la vez es un juego con “Ayuwoki”, que es un meme surgido de la deformidad de esa misma canción. Es decir que esas capas de sentido pop, por decirlo de alguna manera, le hablan a gente que está muy metida en la cultura digital.

Y esto me lleva a pensar en *CANGURO* de *Wos*, que seguramente para otros habrá sido la canción del año. Tiene mucha fuerza, es más “rockera”, responde a un perfil más “serio” de la música. Lo curioso, ahora que lo pienso, es que el responsable del sonido es el mismo: *Evlay*. ¿Será ese nombre el autor de los himnos de esta época? *CANGURO* me parece una buena canción, desde ya, pero siento que está atada a una tradición, la del rock contestatario, mientras que *OUKE* se perfila para un lado menos explorado, al menos dentro de la música popular argentina. *Wos* es un MC increíblemente talentoso y ha puesto su talento al servicio de un mensaje claro: el del progresismo nacional. No me parece mal, pero eso es objetivamente un problema (lo digo como progresista). Ya ha creado un núcleo duro de fanáticos, varios de ellos famosos –lo vimos los dos en *LNG*–, que no sé si avalarían un desvío de ese camino. ¿Y si quisiera hacer un disco con un mensaje completamente distinto? Por ponerte un ejemplo de carácter histórico, *Dylan* fue el juglar de una generación contracultural, pero a los pocos años, cuando hizo un giro estético radical (se “electrificó”), esa misma gente que lo había encumbrado le dio la espalda de forma bastante agresiva. En Argentina también hay ejemplos así. Está bueno que el arte incomode un poco. Me gusta la música de *Wos*, pero sus fanáticos están haciendo que me aleje un poco de su propuesta. No quiero que sea el próximo *León Gieco*, quiero que haga música increíble. ¿Estos tiempos de nueva derechización del mundo necesitan artistas como *Wos*? Quiero decir, está bueno que baje ese mensaje. Pero también quiero riesgo, aventura, el arte también está para eso. En uno de los comentarios de YouTube en el video de *OUKE*, uno puso:

“Mi viejo: Hijo apagá esa canción

Yo: Pero por qué pa?

Mi viejo: Abajo hay parlantes mas grandes”

Falso o verdadero, el diálogo me parece genial. Estamos viviendo unos tiempos raros, donde todo cambia rapidísimo, y esa idea del papá y el hijo compartiendo música nueva es un gesto de amor muy grande, porque habla de que el viejo entiende al joven, y no al revés. Hay una canchereada surgida este año llamada “OK boomer”, en el que los *millennials* (o *centennials*, ya no sé) le echan la culpa a la generación *baby boomer* por dejar el mundo como está. Puede tener su grado de verdad, pero también podríamos barrer el cinismo y pensar qué nos une con otras generaciones (las anteriores y las que están por venir). No sé. De nuevo, siento que en los últimos años el mundo se mueve rapidísimo, en sentido social, económico, cultural. Por eso concuerdo con tu idea de que hay cada vez más propuestas, pero el *prosumidor* (me encanta ese término que usaste) lo desecha rápido. Es que la lógica mercantil y social te obliga a ser parte de la discusión “invitándote” a ver algo específico, para después, a los dos días, “invitarte” a ver otra cosa para comentarla en redes sociales. Nos estamos pareciendo cada vez más a los algoritmos. Estos días lo sentí con la nueva de Scorsese.⁴

Para terminar, lo de Ferial: noté lo mismo que vos, la reutilización de un lugar que estaba medio abandonado para estas cosas (el último show que había visto ahí había sido en el 2000, imaginate). Esa cosa retrofuturista que ahora tienen las cúpulas me fascina: un futuro pensado arquitectónicamente desde el pasado y que nosotros lo vemos y experimentamos ahora, desde el presente, pero que fue un futuro imaginario cuando se construyó. Ya sé lo que estás pensando, que soy un nostálgico incurable. Pero miralo de esta manera: si estamos viviendo un presente que no es ni de cerca el futuro próspero que un par de generaciones anteriores imaginaron, ¿cómo va a ser ese futuro que nosotros todavía no podemos imaginar? Es una pregunta retórica, ¿no? De todas maneras, me interesa

4 *El irlandés* (2019, Martin Scorsese).

saber qué pensás al respecto y si encontrás a alguien (un artista, un pensador, un activista) que esté imaginando un futuro acorde a nuestras expectativas.

from: *Elian Chali <elianchali@gmail.com>*
to: *José Heinz <joseheinz@gmail.com>*
date: *Dec 19, 2019, 10:11 AM*

Yo creo que el asunto –sin caer en una lógica baumaniana de inestabilidad permanente– está puesto en la relación/asunto/representación/percepción del tiempo.

Todas las generaciones son deglutidas por ese artefacto tan extraño que hoy resulta la relación tiempo/espacio, porque si bien la historia nunca es lineal, independientemente de la “oficial” que tiene miles de corales construyéndose de forma constante, siempre hay una especie de narrativa que pareciera empujarnos. Hay momentos heterotópicos, tanto en la vida real y la vida virtual, que parecieran auto desdibujarse. Puede que estemos abordando una instancia de desprendimiento del cuerpo, en la que esa imagen negativa del hombre sedentario y conectado con su vagancia a través de dispositivos tecnológicos sea un poco más accesible y cercana de lo que pensamos. Hay miradas distópicas del Y2K⁵ que me parecen muy interesantes en torno a esto:

1 - [LAZY x X-Press2](#). Un hombre clase media americano que utiliza todo tipo de artefactos que le permitan “ahorrar”, “acortar” o “prescindir” de ciertas responsabilidades humanas básicas, como el autocuidado. Si bien considero que Estados Unidos, desde la gran pérdida de confianza en los bancos, ha arremetido con el *customer service* sumado al fenómeno del *e-commerce* y otros asuntos propios del modelo *prosumidor* yankee que coquetean con lo que este

5 Se conoció como “Y2K” a un posible error informático que podría haber ocurrido con la llegada del año 2000.

video propone como forma de vida posible, pienso que esta es una reproducción de los libros de los '60 (*Un mundo feliz*, *Rebelión en la Granja*, 1984, etc.) donde, con filo biologicista, propone que la tecnología va a venir a quitarnos nuestra "condición natural", asumiendo que hay un regreso posible a ese estado aparentemente "previo" a la cultura.

El video y el tema, más allá de que me parecen buenos por su resolución y propuesta, tienen un alto grado de enunciación positiva, en la que es muy difícil disentir, por lo que te lleva a asumir que lo que se ve es incriticable, porque si hay algo intocable es nuestra condición natural (algo con lo que disiento).

Esto entra en el campo conflictivo de adhesión obligatoria, que muchas veces sucede en el arte y deja poco margen para ser problematizado, lo que posiblemente nos empuje a un cierre de sentido y se vuelva "olvidable" desde su concepto, pero puede que quede flotando su forma.

[2 - Virtual Insanity x Jamiroquai](#). Unos 10 años antes, más o menos, construía una espacialidad interior –al igual que el otro video–, al parecer también futurista, con cierto aire de asepsia y esterilidad, pero sin abandonar un elemento central que también está en el video anterior y corresponde a esa suerte de vida doméstica como representación del hábitat de hoy, que es el sillón. Si bien el sofá o el sillón es un dispositivo que desde el abordaje semiótico del diseño y el simbolismo puesto en su uso y localización en los hogares tiende a ser relacionado con un momento de esparcimiento, Jamiroquai lo utiliza como módulo para señalar una vida pasada que flota en el presente futurista del video como recuerdo nostálgico de un hombre-cultural-esencial que ha reprogramado la naturaleza y ha sido intervenida por la cultura. Es decir, a este video no lo considero biologicista, si no todo lo contrario,

creo que está más relacionado con la lógica interventora *cyborg* en la que prefiguramos un futuro que no dialoga con la tecnología: se simbiotiza, a diferencia del otro video de X-Press2, que pareciera resistirse a lo inevitable.

En un determinado momento, el ojo que lo observa a Jay Kay (que podríamos entender que nosotros somos ese espectador), que ve al hombre del futuro criticar la realidad cercana (el camarógrafo) y los sillones, empieza a sangrar. El video dota de vida a cosas inertes, es como una anticipación a la inteligencia artificial.

Por otro lado, creo que propone una atmósfera más dialógica: aparece una cucaracha, signo de que en la epidermis terráquea pueden haber cambios extraordinarios como cambios de era cultural, bombas nucleares o catástrofes naturales, pero sigue presente cierta condición de vida inamovible. Es decir, es propositivo con los cambios sin entrar en la esfera darwiniana.

Lo que diferencia estructuralmente los videos son puntos de vista sobre ese futuro incierto. Los dos en su letra o video tienen una postura crítica frente a la vida contemporánea, pero Jamiroquai decide aprender a habitar la realidad en vez de querer cambiarla (parafraseando a Lyotard⁶).

Acá se concentra una lógica metamórfica propia de esa adaptación que viene del inicio de los tiempos, pero con una intervención clave, que es el intelecto.

Pienso que el mundo que viene puede llegar a exprimir las lógicas espaciales/temporales para abordar una experiencia cognitiva cada vez más pronunciada. No quisiera referirme a descripciones sobre dispositivos tecnológicos o hablar

6 En el sentido que le da Nicolas Bourriaud en *Estética Relacional*: aprender a habitar el mundo en lugar de querer construirlo según una ideapreconcebida de la evolución histórica.

del Internet de las Cosas para señalar esa turboconexión que propone una red-colchón que todo lo incluye, pero sí debo asumir que esa experiencia del desprendimiento del cuerpo que nos lleva a operaciones profundas de la psiquis, para poder acoplarnos a los tiempos que corren y no sufrir la segregación que suscita el aislamiento, puede llegar a constituir una nueva forma de conexión espiritual agnóstica, en la que las esquinas de la religiosidad no están dadas por el axioma Tierra-Cielo, sino por una fuerte capacidad de predicción y anticipación a un tiempo que todavía no sucedió, en el que casi con una experiencia propia de dioses comunes se desmantela el tiempo presente, sin que esto signifique un lugar conflictivo. Por el contrario, un posicionamiento inconsciente “anti-ahora” intervenido por todos los tiempos y todos los lugares, en el que futuro se habita para posibilitar la utopía, porque la realidad de todos los días no nos permite ver que más adelante va a ser mejor, sino más bien arrastra la historia y lucha con una deriva cotidiana irresoluble, casi de destino instantáneo.

Desde este lugar, creo que se instrumenta la nostalgia como un modo de recurrir a la memoria cultural, porque siempre otro tiempo es mejor, pero el *slash/backlash* está en que sorteando el hoy, estamos comenzando a localizar ese tiempo mejor en el futuro. Entonces el desdoblamiento temporal –y esa cosa “aterritorial” que propone la globalización– edifica otras formas de creencias y construcción de sentido común. La cultura local en un plazo bastante cercano pasará a renombrarse como cultura terráquea, porque las fronteras ya no son de territorios, estados, corporaciones, clase, color, físicas o de geolocalización. La nueva frontera y brecha es con otros planetas. En este plan colonialista –que también el cine anticipó o acusó hace muchos años– de que con el intelecto y la fuerza se pueden okupar (con “k” para señalar un método informal y político) otros rincones del universo,

el humano no se va preparando físicamente. Es decir, *Los Simpson* nos dijeron que el meñique nos iba a desaparecer y ahí está, todo inutilizado por ser el apoyo de los teléfonos celulares, pero sigue estando. La preparación es cultural, hay un entrenamiento para comprender realidades que no son las de este mundo.

Pero, para no ser tan delirado, creo que también existe la urgencia de la inmediatez. Si bien muchas personas coincidimos en que podemos estar habitando un momento bisagra entre dos tiempos, esto ha pasado siempre, aun en los momentos más calmos de la historia. Si repasamos, el mundo de hoy es el que menos sangre ha derramado, las guerras (como imperativo de cambio cultural) han mutado. ¿Será que por eso no existen más himnos? ¿Será por eso que no necesitamos más himnos?

Lo que creo que nos demuestra esa representación del tiempo bisagra es que existe una incomodidad con el hoy. El inconformismo que nos mantiene la llama de la curiosidad prendida –esto es, en teoría, lo que nos diferencia de otros seres– es exactamente lo mismo que nos vuelve esta realidad invivible, desde donde construimos nuestra ansiedad farmacologizada, desde donde deseamos escapar a otros tiempos.

Entonces, casi como si fuera una escena de *Interstellar*, a través de artefactos de producción cultural, podemos ver cómo la narrativa de la historia se rompe. Hoy –en esta etapa aun temprana, si logramos ver en perspectiva– no se tolera tan fácil la imposición de lo creado por el hombre como una prótesis corporal, queremos sostener que nos divide, aunque no podamos desprendernos. Pero a la vez somos espectadores del derrumbe de las instituciones que nos han regido hasta hoy. Aunque algunas adopten formas nuevas,

no son los mismos guiones que construyen el sendero de la historia. TODO está disponible para ser cuestionado, porque existe un *modus operandi*, relacionado con la accesibilidad y la viralización, que reivindica nuestro derecho a querer incidir en la historia participando en diferentes niveles y de diversas formas.

Desde acá me gustaría pensar, y con esta pregunta me retiro porque ya estoy poniéndome demasiado abstracto. Tomo tu tesis futuroológica sobre el mundo dentro de diez años y agrego este punto: si la familia, la educación, lo cultural, el lenguaje, la historia, el cuerpo, la sexualidad y todos los grandes castillos simbólicos que modelan nuestro comportamiento hoy (y colaboran en construir narrativas imaginarias), están dispuestas a su cuestionamiento, incluso muchas desmembrándose como un hogar de madera atravesado por un terremoto, ¿el arte está destinado a desaparecer también? En el futuro, cuando finalmente se le conceda la verdad a Joseph Beuys de que todo hombre es un artista, ¿necesitaremos del arte? ¿Se conservará como algo accesorio a una vida que tiene la potestad de construir nuevas narrativas en tiempos cruzados?

from: José Heinz <joseheinz@gmail.com>
to: Elian Chali <elianchali@gmail.com>
date: Jan 14, 2020, 8:19 AM

Me llamaron la atención dos cosas que apuntás en el mail anterior. La primera es haber nombrado a *Virtual Insanity* como ejemplo de eso que definís como “instancia de desprendimiento del cuerpo”, y que a mí también me está haciendo pensar últimamente. En concreto, una pregunta: si pasamos cada vez más tiempo “conectados”, ¿llegará el momento en que vamos a tener facultades para discernir entre estar o no conectados, a lo *Matrix*? No digo nosotros, quizás de acá a una o dos generaciones.

La idea de que vivimos en una simulación es vieja y tentadora (es un tema clásico de la ciencia ficción, como los viajes en el tiempo o en el espacio), pero algunas teorías tienen bastante actualidad. Hay un filósofo relativamente joven, Nick Bostrom, que trabaja la Hipótesis de Simulación⁷ (otra vieja idea de la filosofía) para aplicarla al transhumanismo, que se acerca bastante a eso que llamas “desprendimiento del cuerpo”. ¿Sabés quién es fan de las ideas de Bostrom? Elon Musk.

Una vez leí que *Virtual Insanity* está inspirada en Sapporo, la ciudad japonesa. Parece ser que en los ‘90 Jamiroquai era muy popular en Japón, así que fueron de gira hasta allá y en un paseo por la ciudad notaron que casi no había gente en las calles. Cuando los integrantes del grupo vieron a una anciana caminando, fueron y le preguntaron por qué no había nadie. Ella los guió hasta unas escaleras, bajaron y ahí estaba lo que podríamos llamar “la civilización”: se encontraron con toda una ciudad subterránea, como una segunda capa de realidad. De ahí viene el tema y supongo que también fue la inspiración del videoclip. Solemos ver a Japón como una ventana al futuro, pero siempre con cierto espíritu optimista, apuntado al uso de la tecnología y la arquitectura, aunque siempre sobrevuela la pregunta sobre si todo es tan bueno como parece. ¿Occidente podrá adaptarse tan fácil a ese futuro que proyecta Oriente?

Eso me da pie para lo segundo que me llamó la atención de tu mail, y es que usaste el verbo “edificar” para dar cuenta de cambios de hábito en esta época de virtualidad cada vez más omnipresente (te cito: “el desdoblamiento temporal y esa cosa ‘aterritorial’ que propone la globalización, edifica otras formas de creencias y construcción de sentido común”). No sé si te acordás que en *¿Olvidaste tu contraseña?*⁸ menciono

⁷ Ver WIKIPEDIA, Realidad Simulada. En: es.wikipedia.org/wiki/Realidad_simulada

⁸ *¿Olvidaste tu contraseña?* Apuntes sobre la cultura digital (el servicio postal,

algunas veces lo problemático del concepto “realidad” a partir de nuestras vidas en internet. Digamos, ¿es más real nuestra vida tridimensional que la que ocurre en las pantallas? ¿O tienen el mismo grado de realidad, sólo que con características (y consecuencias) diferentes?

El otro día vi un episodio de *Explained*⁹ sobre programación. No voy a citar textual, pero en un momento, si mal no recuerdo, Tim Wu¹⁰ dice que la humanidad se dedica hace siglos a construir una civilización (a través de ciudades, planificación urbana, edificios, casas, etc) y hace relativamente poco tiempo (unos 60 años, digamos) está construyendo otra nueva, sólo que a través del *coding*, que es una forma de “habitar” las pantallas. Comparar la arquitectura con la programación me parece un acercamiento mucho mejor que el que hice siempre yo, que es (era) el de aprender un idioma. No, aprender a programar se parece mucho más a EDIFICAR. Por eso creo que va a ser indispensable enseñarlo en todas las escuelas del futuro. Hoy lo pensamos como una salida laboral, pero quizás en el futuro sea un componente clave para no quedarse afuera de la realidad. Y la programación también tiene su carga ideológica, por supuesto: ¿en qué nuevos dioses se irá a creer? ¿Cómo será ese sentido común del futuro que mencionás vos? Yo creo que se aproxima una moral nueva, mucho más compleja. Porque las máquinas (el software, en realidad) van a tener mucho más protagonismo. Y su ideología (la ideología que le inculque quien la programó) va a ser fundamental. Vos decís que vivimos una época con menos sangre derramada, es cierto, pero a Soleimani lo mató un dron.¹¹ Manejado por humanos, sí, pero fue una máquina la que llevó a cabo su ejecución. Es decir que un dron, el mismo invento que en estos momentos hace unas tomas aéreas espectaculares de

2017).

⁹ Serie producida por el sitio periodístico VOX.com, disponible en Netflix.

¹⁰ Abogado y escritor estadounidense, uno de los referentes de la neutralidad de la red.

¹¹ Qasem Soleimani fue un general de división iraní, asesinado en Bagdad el 3 de enero de 2020 a través de un ataque aéreo estadounidense realizado con drones.

las playas de Punta del Este o de un festival de música, pudo ser el desencadenante de la tercera guerra mundial (así lo especularon varios medios en su cruzada por fogonear un conflicto internacional).

Cierro intentando responder si el arte está destinado a desaparecer. En pocas líneas, creo que no. Es más, sospecho que el arte es de lo que más va a crecer en el futuro. Si lo que diferencia al arte de un objeto de diseño es su utilidad en la sociedad, supongo que una obra de arte va a ser de las cosas más difíciles de replicar por parte de una inteligencia artificial, porque no implica sólo un uso, sino también una segunda capa de sentido, mucho más difícil de precisar en términos racionales. Te pongo un ejemplo: ya debe existir un software que simula cuadros de Pollock. Ponés la pintura en los compartimentos de una máquina, elegís el tamaño del cuadro y listo, ya tenés tu copia para pegar en el living. Pero el *arte* de Pollock es otra cosa, es lo que produjo en su tiempo, y ese concepto es el que resulta irreproducíble. Lo paradójico de todo esto es que nadie necesita del arte realmente. No es comida, no es aire. No es una necesidad vital, es un gusto adquirido. Que podrá ser importantísimo para la vida de algunas personas, pero no es imprescindible, por más poético que suene. Y esa falta de necesidad es la que probablemente la vuelva fundamental en el futuro, porque tal vez –especulemos un rato– sea la única vía de escape de esa *virtual insanity* que nos espera.

from: Elían Chali <elianchali@gmail.com>
to: José Heinz <joseheinz@gmail.com>
date: Jan 27, 2020, 7:19 PM

Voy sobre tu mail:

Me llamaron la atención dos cosas que apuntás en el mail anterior. La primera es haber nombrado a Virtual

Insanity como ejemplo de eso que definís como “instancia de desprendimiento del cuerpo” y que a mí también me está haciendo pensar últimamente. En concreto, una pregunta: si pasamos cada vez más tiempo “conectados”, ¿llegará el momento en que vamos a tener facultades para discernir entre estar o no conectados, a lo Matrix? No te digo nosotros, quizás de acá a una o dos generaciones.

Creo que deberíamos tratar de correr el modo estereotipado de imaginar el futuro. Si bien las producciones culturales se encargan de escribir la historia que todavía no ha sucedido –*Matrix* sería una premonición interesante–, pienso que aunque tengamos miles de sistemas de predilección y la vida contemporánea esté constituida de manera algorítmica, el futuro sigue siendo un lugar demasiado incierto. Es como te dije hace unos meses: si uno intenta hacer algo viral, por más *pushing* corporativo mediático que tenga, hay un asunto fenomenológico puesto en lo social que no se puede controlar. Resumiendo, el futuro y la viralización parecieran operar de manera paralela respecto al poder que ejercemos sobre esas dos instancias: se nos cuele de las manos, no lo alcanzamos.

Como te comenté en el último café, en diciembre pasado, para mí lo que va a suceder es un desplazamiento. Sin citarlo tanto a Bauman, entiendo que las adaptaciones tecno-metamorfológicas cuerpo-virtualidad avanzan a la velocidad que la humanidad se lo demanda, y a veces la humanidad no puede con todo. A mi modo de ver, el avance tecnológico de los últimos años (para mí desde el *internet pocket*) ha sido bastante arrebatado, y el recorte generacional que ha hecho parece el mismo artefacto de la selección natural. Como un pichón inútil, un ballenato no capacitado para andar con los suyos es descartado. Pero esa sería una lectura biologicista con la cual disiento dada la culturización de todo, así que de algún modo lo que se sostiene es el modo de operar sobre lo

“inútil”.

La idea de que vivimos en una simulación es vieja y tentadora (es un tema clásico de la ciencia ficción, como los viajes en el tiempo o en el espacio), pero algunas teorías tienen bastante actualidad. Hay un filósofo relativamente joven, Nick Bostrom, que trabaja la hipótesis de simulación (otra vieja idea de la filosofía) para aplicarla al transhumanismo, que se acerca bastante a eso que llamás desprendimiento del cuerpo. ¿Y sabés quién es fan de las ideas de Bostrom? Elon Musk.

Pasa que si hablamos de simulación, nos sumergimos en la discusión de qué es la realidad, y vamos a empezar a pelotear sobre una metafísica de la cual no tenemos suficientes herramientas para trabajar. Sobre todo, está siendo altamente modificada de cara a un futuro incierto que parece ser aún más extraño en la relación realidad-ficción-simulación-sueño, etc.

Ahí leí la hipótesis y está increíble, pero, ¿lo podemos entender como literatura tal vez? O dicho de otra forma, si fuera una simulación de la que no somos conscientes nunca, ¿importaría despertar?

Una vez leí que Virtual Insanity está inspirada en Sapporo, la ciudad japonesa. Parece ser que en los 90 Jamiroquai era muy popular en Japón, así que fueron de gira hasta allá y en un paseo por la ciudad notaron que casi no había gente en las calles. Cuando los integrantes del grupo vieron a una anciana caminando, fueron y le preguntaron por qué no había nadie. Ella los guió hasta unas escaleras, bajaron y ahí estaba lo que podríamos llamar “la civilización”: se encontraron con toda una ciudad subterránea, como una segunda capa de realidad. De ahí viene el tema y

supongo que también fue la inspiración del videoclip, que es buenísimo. Solemos ver a Japón como una ventana al futuro, pero siempre con cierto espíritu optimista, apuntado al uso de la tecnología y la arquitectura, aunque siempre sobrevuelva la pregunta sobre si todo es tan bueno como parece. ¿Occidente podrá adaptarse tan fácil a ese futuro que proyecta Oriente?

Me gusta esa idea de un Oriente estereotipado, que vendría a ser lo que metabolizamos para no aceptar el taoísmo y su incidencia filosófica en los modos de vida, pero anhelando la estructura social que han diseñado históricamente.

Por otro lado, algo que ya sabemos, pero el advenimiento de Oriente sobre Occidente en relación a los medios de producción, sumado a la gran explosión musulmana con el evangelismo en paralelo, nos confronta a una realidad teológica muy extraña, sumado a los aprendizajes por venir en relación a la tecnología y sus efectos cognitivos, frente a la cual deberemos prepararnos para otro escenario planetario, ¿no? ¿Cuáles serán las fronteras del futuro? Me interesa esto de que quieren romper la internet global para hacerlas por nuevas parcelas, como China, pero más partimentado. ¿Se podrá? ¿Cómo afectará?

Eso me da pie para lo segundo que me llamó la atención de tu mail, y es que usaste el verbo “edificar” para dar cuenta de cambios de hábito en esta época de virtualidad cada vez más omnipresente (te cito: “el desdoblamiento temporal y esa cosa ‘aterritorial’ que propone la globalización, edifica otras formas de creencias y construcción de sentido común”). No sé si te acordás que en ¿Olvidaste tu contraseña? menciono algunas veces lo problemático del concepto “realidad” a partir de nuestras vidas en internet. Digamos, ¿es más real nuestra vida tridimensional que la

que ocurre en las pantallas? ¿O tienen el mismo grado de realidad, sólo que con características (y consecuencias) diferentes?

No pienso que puedan evaluarse o entrar en una suerte de jerarquía. Lo que creo es que hemos traspasado una frontera en relación al aburrimiento, el entretenimiento, el estrés o la ansiedad, las exigencias sobre la felicidad y su obligatoriedad personal neoliberal, básicamente las emociones epocales. Eso nos demanda poder exigirle más a la experiencia humana –dadas las herramientas posibles para hacerlo–, y que además la quietud, el silencio o la calma se perciben como inferiorizantes, por los altos niveles de productividad en los que estamos sumergidos. A la vez, hay un artefacto social que opera tan rápido que no puede parar, entonces la quietud, el silencio o la calma podrían ser formas de aislamiento que en la sociedad de hoy no las pensamos como posibles, PERO –y acá me meto en el próximo tópico– pienso que en el futuro, no como modos de rebeldía, disidencias o posicionamientos políticos, el aislamiento va a ser un comportamiento humano en el que no sólo va a haber todo un mercado y políticas de Estado que lo faciliten y “comprendan”, sino que desertar de la sociedad va a ser un nuevo modo de sociabilidad.

Con este tema abierto, te tiro una frase que me dijo Liguori¹² los otros días: “En el único lugar que existe la libertad, es en el olvido”.

El otro día vi un episodio de Explained sobre programación. Lo acabo de buscar en Netflix y ya no me aparece (no sé por qué, pero es este capítulo), así que no voy a poder citar textual, pero en un momento, si mal no recuerdo, Tim Wu dice que la humanidad se dedica hace siglos a construir una civilización (a través de ciudades, planificación urbana,

edificios, casas, etc) y hace relativamente poco tiempo (unos 60 años, digamos) está construyendo otra nueva, sólo que a través del coding, una forma de “habitar” las pantallas. Comparar la arquitectura con la programación me parece un acercamiento mucho mejor que el que hice siempre yo, que es (era) el de aprender un idioma. No, aprender a programar se parece mucho más a EDIFICAR. Por eso creo que va a ser indispensable enseñarlo en todas las escuelas del futuro. Hoy lo pensamos como una salida laboral, pero quizás en el futuro sea un componente clave para no quedarse afuera de la realidad. Y la programación también tiene su carga ideológica, por supuesto: ¿en qué nuevos dioses se irá a creer? ¿Cómo será ese sentido común del futuro que mencionás vos?

Lo de la arquitectura virtual lo vengo pensando hace rato yo, ¿te acordás que en *Hábitat*¹³ hablo bastante sobre ese tema? Yo creo que la cosa está en que no es una representación-espejo de lo que sucede en la vida común (para no decirle más “vida real”) que vivimos hoy, sino más bien una nueva forma de utilizar esos instrumentos que nos ayudaron a construir la civilización o, por lo menos, una nueva forma de utilizar los nombres que nos ayudaron a darle existencia a nuestra civilización.

Me parece que Wu tiene razón, pero hay algo en lo que entro como una especie de crisis. La pantalla va quedar obsoleta antes del 2025. Eso va a pasar a un estado líquido, con una experiencia más intervencionista en el cuerpo, con más relación con los fármacos y, sobre todo, con un diálogo más estrecho con la naturaleza. Porque para mí, en esta suerte de desarrollo extremo de la tecnología, la gran crítica de abandono de lo natural va a tomar muchísima relevancia en los próximos años, como deriva del feminismo que reivindica aspectos esencialistas contemporáneos. Entonces el cruce va

¹³ HÁBITAT. Chali, Elian (2016). Disponible en: elanelian.com.ar/Habitat-ebook.pdf

a ser tecnología-química-cuerpo-sociedad-naturaleza. Del mismo modo que pienso que la pantalla como tecnología ya se acaba, también creo que los modos organizacionales de las ciudades están cambiando drásticamente de ese paradigma posfordista de bancarizar los centros. No digo que vayamos a descentralizar las ciudades, pero sí que los modos de producción son cada vez más aislados. Citando a Mark Fisher, el proletariado contemporáneo no forma más parte de las líneas de producción fabriles si no son repetidoras no especializadas. Para poder ser reemplazados con mayor facilidad, pienso que en el futuro las ciudades van a tener otro tipo de esquema que va afectar a lo comunitario, como también está afectando a lo comunitario vincular el mundo virtual. Es decir que en algún momento (no sé cuál), el fenómeno va a cerrar su propio círculo de sentido, en el cual las crisis y sus esquilas van a reposar y tomar su rol en los nuevos modos de vida. Para que esto suceda, hace falta no sólo práctica y trabajo de campo, sino perspectiva. Historicidad.

Yo creo que se viene una nueva moral, mucho más compleja. Porque las máquinas (el software, en realidad) va a tener mucho más protagonismo. Y su ideología (la ideología que le inculca quien la programó) va a ser fundamental. Vos decís que vivimos una época con menos sangre derramada, es cierto, pero a Soleimani lo mató un dron. Manejado por humanos, sí, pero fue una máquina el que llevó a cabo su ejecución. Es decir que un dron, el mismo invento que en estos momentos hace unas tomas aéreas espectaculares de las playas de Punta del Este o de un festival de música, pudo ser el desencadenante de la tercera guerra mundial (así lo especularon varios medios en su cruzada por fogonear un conflicto internacional).

Yo creo que a Soleimani lo podrían haber matado de mil formas, pero es un *statement* frente a la nueva guerra que es

tecnológica-virtual. Es decir, la carrera armamentista militar actualmente tiene más desarrollo de software que de bombas. Pero la guerra siempre ha sido el lenguaje del humano, nosotros nos definimos por eso, nunca dejamos de estar en guerra. El tema es que la guerra hoy no mata, da vida. Ya lo dijo el surcoreano que no sé cómo se escribe nombre¹⁴: hoy la cosa es no morir, es controlar.

Pienso que el desarrollo ético puesto en la tecnología viene con el propio retraso que la Historia exige para poder desenvolverse y no empastarse. Si pudiéramos inyectarle ética a hechos humanos del pasado (no con perspectiva de hoy, sino con la de ese momento), las cosas hubieran sido muy distintas. El tema es que hoy demandarle ética al desarrollo tecnológico parece de un nivel de inocencia tal que te saca las ganas. ¿O me vas a decir que el enorme organigrama de intereses corporativos y políticos que hay puesto en el desarrollo tecnológico de los últimos años se puede parar con una intervención del tipo “manifestación” o “leyes”? Todavía está el fantasma de la democracia haciéndonos pensar que las cosas son posibles. ¿Y sabés qué? El mundo lleva un ritmo y una deriva que te dice que no, no es posible intervenirlo para volverlo más justo, porque lo justo es un anhelo de un tiempo que no es el de hoy.

Cierro intentando responder si el arte está destinado a desaparecer. En pocas líneas, creo que no. Es más, sospecho que el arte es de lo que más va a crecer en el futuro. Si lo que diferencia al arte de un objeto de diseño es su utilidad en la sociedad, supongo que una obra de arte va a ser de las cosas más difíciles de replicar por parte de una inteligencia artificial, porque no implica sólo un uso, sino también una segunda capa de sentido, mucho más difícil de precisar en términos racionales. Te pongo un ejemplo: ya debe existir

un software que simula cuadros de Pollock. Ponés la pintura en los compartimentos de una máquina, elegís el tamaño del cuadro y listo, ya tenés tu copia para pegar en el living. Pero el “arte” de Pollock es otra cosa, es lo que produjo en su tiempo, y ese concepto es el que resulta irreproducibe. Lo paradójico de todo esto es que nadie necesita del arte realmente. No es comida, no es aire. No es una necesidad vital, es un gusto adquirido. Que podrá ser importantísimo para la vida de algunas personas, pero no es imprescindible, por más poético que suene. Y esa falta de necesidad es la que probablemente la vuelva fundamental en el futuro, porque tal vez –especulemos un rato– sea la única vía de escape de esa virtual insanity que nos espera.

Coincido, pero no coincido. Pienso que nada del mundo de hoy muere (bah, algunos oficios sí). Diría más bien que todo va mutando, va tomando nuevas formas, va desplazando su centro de sentido hacia otros horizontes. Creo que con el arte va a pasar eso.

Lo que vos me planteas del Pollock, que podría ser una reducción que sólo funciona HOY y no en el futuro, tiene puesto el foco en el asunto físico de la obra, algo así como su reproductibilidad a lo Walter Benjamin. Y si realmente nos centramos en lo que es Pollock (al igual que muchos artistas cuya imagen en sí no es la potencia, sino todo su asunto procedimental y/o de pensamiento), vamos a ver que su valor histórico, su concepto, su rabia, su cosa puesta en la coyuntura específica, se puede ver en el resultado de algo generado por algoritmos, o un desprendimiento de algún sistema predictivo. Porque todo opera en contexto. Entonces hoy vemos una Macintosh de los ‘90 con los colores del arcoíris, que lo leen HOY como un signo de capitalismo queer, y en su momento tal vez que no fue pensado en esa perspectiva, ¿me explico? Pensándolo bien, tal vez sí, porque

el auge gay de los '90 fue bastante jodido, pero lo que quiero decirte es que la tecnología sí opera en contexto, no es neutral y sobre todo, todísimo, goza de autonomía de sentido.

También disiento con lo que nadie necesita del arte. Es verdad que no es una necesidad básica, pero hoy, a partir de que una de las maquinarias coloniales del mundo sea la cultura, su participación se vuelve una necesidad y una obligación, si es que quieres participar del mundo. Además de tener dispositivos para construcción de imagen al alcance de la mano, lo que nos llevaría a desdibujar los horizontes de la autoría, estamos transformándonos en *prosumidores* de cultura a un nivel que no lo podemos ni asimilar. Hoy es imposible imaginar la quietud de los sentidos, están todo el tiempo absolutamente estimulados. Entonces creo que, desde ese lugar, el arte sí se ha vuelto una necesidad, no para la subsistencia del cuerpo, pero sí para la subsistencia del ser social.

Lo fundamental del futuro todavía no sabemos qué es.

Parte 2. La nueva normalidad

*from: José Heinz <joseheinz@gmail.com>
to: Elian Chali <elianchali@gmail.com>
date: Mar 31, 2020, 6:09 PM*

Elian,

Pasaron dos meses de tu último mail, yo pensaba que el intercambio podía tener ese final abierto. Quiero decir, me gustaba la idea de terminar la charla con esa sentencia que dejaste: “Lo fundamental del futuro todavía no sabemos qué es”.

Pero hoy es 31 de marzo de 2020 y tuve que volver a ese punto suspensivo. El mundo cambió mucho en estas últimas semanas, así que aprovecho para retomar la conversación. No sé muy bien qué pensar de esta situación, honestamente, digamos que el encierro obligado no me resulta inspirador. Sólo por empezar por algún lado, hace unos días encontré una [entrevista a Kanye West de 2016](#)¹⁵ que me dejó algunas cosas para pensar. En un momento le preguntan cuál es su versión de la utopía, tema que habías mencionado en un mail anterior, y él responde: “No creo que la gente hable en el futuro. Se van a comunicar a través del contacto visual, el lenguaje corporal, los emojis, los signos”.

No tengo idea por qué habrá dicho eso, pero lo proyecté a esta realidad de encierro y videollamadas. Gente forzada a trabajar desde su casa, a ejercitarse, a ver películas, leer, a no detener la máquina de producción. ¿Qué lugar ocupa la angustia o la ansiedad en esta situación? Vivimos en la incertidumbre y la incertidumbre es algo complicado, porque tiene un poco de resignación y un poco de esperanza, se balancea entre esas dos posibilidades. En estos días leí artículos de filósofos contemporáneos¹⁶ (Zizek, Bifo Berardi,

15 Kanye West: Free Form en SURFACEMAG.com.

16 Referencia a Sopa de Wuhan, e-book gratuito y de circulación libre que recopila ensayos de varios intelectuales sobre la pandemia, editado por ASPO

Byung Chul Han, Agamben, etc) en los que aplican sus ideas previamente trabajadas a la pandemia: fin del capitalismo, el control total de los estados, la virtualidad como salida, nuevas formas de comunismo, y así. Todas válidas, pero me da pie para preguntarme si el lenguaje tradicional es suficiente para explicar esto, la primera gran crisis de la globalización. Porque muchos esperan que aparezca una vacuna gracias a los avances en la ciencia, pero también se olvidan que este coronavirus pudo esparcirse tan rápido a raíz de la cantidad de gente que viaja a distintas partes del mundo. Algunos habían advertido previamente que una pandemia era muy probable, pero los estados privilegiaron otras cosas y acá estamos, tecleando, scrolleando, encerrados en nuestras casas, tratando de encontrarle la vuelta para que estos días no se vuelvan angustiantes. Hay cosas que sólo se explican a través de memes, a eso voy.

- 44 -

La pandemia también sirve para explicar muchas cosas, desde las diferencias de clase –¿cómo se guarda alguien que no tiene casa?– hasta asuntos de fe: el virus no tiene cuerpo, no tiene moral, no hay buenos y malos. Es una lucha invisible contra nosotros mismos, en la que tenemos que separarnos para no correr el riesgo de contagiarnos ni ser contagiados. Y al igual que ocurre en otras situaciones cotidianas, los que más posibilidades de supervivencia tienen son los de siempre: los más jóvenes y sanos, los que tienen plata para costear un eventual tratamiento. En el otro extremo de la escala, los pobres, los viejos, los que tienen enfermedades. Darwinismo económico: incluso en estas situaciones, el capital parece dictarnos en silencio quién es el más apto para el siglo 21.

Y ya que escribo 21, me desconciertan los aplausos de las 21, con tanta puntualidad, con tanto énfasis. Entiendo que las intenciones son buenas, pero me inquietan un poco, le dan una entidad heroica a la situación, como si hacer esa catarsis

(Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio). Disponible en <http://iips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>

colectiva funcionara para darnos ánimo y recordarnos que seguimos vivos, que el virus está en las noticias, en las pantallas, pero todavía no nos tocó la puerta, que lo están combatiendo aquellos a los que aplaudimos, médicos, enfermeros, trabajadores que salen a la calle, como si ellos (y el estado, eventualmente) fueran los héroes de la película dramática.

El otro día leí que los artistas son fundamentales para esta situación, porque nos proveen de herramientas para pasar mejor la cuarentena (directores, músicos, escritores). Me pareció una idea espantosa y me acordé de lo que hablamos sobre la función del arte en la actualidad. ¿Qué sentido tiene un arte que entretiene? ¿No debería estar reflejando estos tiempos? ¿No debería hacernos sentir algo más allá de la diversión? Foster Wallace decía que la literatura debería calmar a los perturbados y perturbar a los que están calmados. La cosa va más por ahí, al menos eso siento yo, el resto es un lindo diseño con forma de arte, pero no con intención artística, lo cual me recuerda a otra frase que dijo Kanye West en esa misma entrevista: “El diseño es la habilidad de estructurar el arte y el arte es la habilidad de romper esa estructura”. No lo dijo por decir, fue porque le preguntaron su relación entre la moda y la música, ya que está muy metido en esos dos mundos.

Teniendo en cuenta que tuviste una formación en diseño gráfico, ¿coincidís con esa idea? Y aprovecho para hacerte otra pregunta: ¿por qué nos cuesta tanto desconectarnos en situaciones así?

*from: Elían Chali <elianchali@gmail.com>
to: José Heinz <joseheinz@gmail.com>
date: Apr 8, 2020, 7:42 PM*

Bueno, el delay de la conversación nos generó la plataforma

para seguir pensando. Alucinante. Es imposible continuar diálogo alguno sin considerar esta experiencia tan extraña que estamos atravesando. No hay dudas de que eso nos marca un antes y un después.

Como primer comentario, vengo pensando desde que comenzó esta locura qué rol ocupan lxs pensadorxs de la época en estas circunstancias. Existe cierta demanda de la prensa internacional, la industria del entretenimiento y los sectores intelectuales, de producción de ideas, teorías y relatos sobre los tiempos que corren, en pos de explicar lo que atraviesa el cuerpo en estos días, en intentar prefigurar el futuro que viene, en tratar de entender todo. Creo que, básicamente, hay una sobreproducción de pensamiento urgente. No digo que sea negativa, pero hay muchas ideas que salen del arrebato, como una respuesta a la afeción del cuerpo, que de algún modo entran en los órdenes del régimen de definir todo, enclaustrar el sentido que domina el mundo, de iluminar el rincón oscuro, de suprimir la incertidumbre. No creo que sea fácil vivir cagadx por si va a continuar el mundo en un plazo tan corto como de una semana a otra, pero sí creo que en un caso tan excepcional como este, puede ser una gran propuesta escuchar cómo resuenan otras voces. Y en este sentido reivindico a Kanye West, no por su capacidad de pensamiento intelectual, en el que adhiere a una perspectiva histórica y sostiene una teoría en particular, sino como tipo que lee el presente desde las cúpulas del poder cultural global. No sé. Me parece que son importantes las lecturas de este tipo, y eso me lleva a retomar la discusión con la que empezó esta conversa, sobre el fenómeno de cómo sube o baja de *mainstream a underground*, y te suelto algunas preguntas: ¿puede ser que esa figura que emerge de los márgenes no se dedique esencialmente a lo que propone en su cresta de ola? ¿Qué lo hace a un saber periférico, de fácil estandarización y circulación para la masa? ¿Qué creés que es lo que sucede cuando, en momentos de crisis como este, demandamos la

labor de trabajadorxs que normalmente están soslayadx o maltratadx como lxs pensadorxs? Está claro que ese régimen de producción que se le demanda a estas figuras también rige en nosotrxs. Digo, tiene de los más variados colores y sabores y una capacidad de adaptación a la locura singular de cada unx.

Es que me preocupa demasiado esa tutorialización de la vida, básicamente es un instructivo para todo lo que debemos sentir, pensar, hacer, casi no se dispone de recorrido posible que sea trunco, desviado, inaceptado. Y esto me lleva a pensar a lo que preguntás sobre el lugar de la angustia. Yo creo que existe una suerte de orden jerárquico piramidal sobre las emociones, en la que la tristeza se encuentra en la base –que sostiene todo, pero la pisoteamos y la consideramos menor por ser la emoción masiva– y la felicidad se encuentra en la cima –que es lo inalcanzable, que sólo tienen lxs menos, que es lo que todxs deseamos–, y esta suerte de pirámide emocional se constituye por el efecto de la alegría en el pulso productivo. Como propone Sara Ahmed en su libro¹⁷, la felicidad está asociada a determinadas elecciones de vida que legitima ciertos modos “correctos” de vivir, y condenan aquellos que se desvían de la norma. La tristeza, la persona triste o angustiada, se localiza en un lugar de rechazo por su imposibilidad de producir, de perseguir el sueño en común que debe ser lo alegre. La afectación no es transmisión directa, la emocionalidad de una hacia otra persona no se transfiere sin atravesar modificaciones, asumiendo que un cuerpo y el otro conllevan en su historia emocional sus propias cargas. Entonces, sería interesante identificar por qué ese miedo de acercarse a la persona triste, como si fuera un foco de contagio de una enfermedad incurable: ¿qué es lo que sucede cuando vemos a una persona triste? ¿Será que ver la emoción en la otra persona nos hace correr el velo de la nuestra? La felicidad es un lugar que nunca es el presente. Está corrido de

tiempo y de espacio, puede ser en el pasado como nostalgia o en el futuro como deseo, pero nunca es en el hoy. Entonces pienso: en este contexto tan extraño, ¿no sería generoso con nosotrxs mismxs asumirnos angustiadx? No para realizar un abordaje estereotipado de la tristeza que nos movilice hacia lugares comunes de la creación a lo “poesía maldita”, sino para elaborar la marca que nos deja en el cuerpo este tiempo presente de una forma más concreta, asumiendo la urgencia y tomando las herramientas que tenemos a mano.

Respecto a lo último que me comentás, sobre cuál es la función del arte hoy, y esa suerte de meme de gratitud plástica autocomplaciente de que lxs artistas somos fundamentales en momentos como este, no sé si podría asumir como fundamental a lxs artistas, porque me resultaría imposible englobar al arte en una sola cosa. Lo que sí sé es que la industria del entretenimiento tiene aspecto artístico y que las formas de construcción de sentido se encuentran cada vez más intervenidas por lo genérico. Es decir, cada vez el arte se acerca más al diseño. Es que problematizar sobre qué función tiene el arte hoy, sin asumir la superpoblación de contenidos artísticos y la cantidad de sistemas y estructuras que capitalizan, demandan o instrumentan esto, sería un recorte un poco cómodo. Si el sistema arte (todas las artes) tiene la capacidad de metabolizar todo, incluso lo que se encuentra en los márgenes, en las periferias nubladas, ¿no sería una buena estrategia ver lo que no, lo que queda por fuera, lo que no se difunde? ¿Lo que no se consume? ¿Lo que no se promociona? Por llamarlas de algún modo, las artes angustiadas. Lo que nadie quiere cerca por su condición de lepra, lo que nadie persigue. Vuelvo a citar a mi amigo Liguori: “El único lugar donde existe la libertad es en el olvido”. Y ya lo creo. Donde no se meten los cánones, donde las estructuras ni pierden tiempo, donde los esquemas imaginarios no son claros, donde nada está sujeto pero lo único que tiene es un

modo de hacer, una praxis, un reverberar ético que dispone un recorrido.

Pienso que es imposible desconectarnos, porque la energía del mundo está focalizada en un solo tema. Es la primera vez en la historia que sucede esto, digo, asumiendo el gran afecto para la vida de las personas que significa la globalización. En este sentido, creo que nos pasa algo parecido a una noticia que nos toca de cerca, aunque no sea el caso, y en caso de que nos tocara, el virus goza de una invisibilidad que adquiere una relación explícita de base mediática con el fenómeno. No podemos evitar la suspensión de los asuntos de nuestras vidas, porque esto goza de una urgencia propia de un choque, de un advenimiento agresivo. Es un tsunami de sentido que nos inunda de forma inesperada, arrebatada. Además, por la gran velocidad de la noticia y los hechos, todavía no logramos volver a nuestro estado mental más o menos habitual – independientemente de la cuarentena– y nos resulta muy difícil pensar la cuarentena en contraposición de los temas que nos tocan. Por ejemplo, si mi tópico de estudio son las ciudades, pasará un buen tiempo hasta que yo pueda volver a pensar en el tema sin la intervención del coronavirus. De algún modo, pienso que este tema vino para quedarse y para resetear las propuestas de conocimiento en conjunto a lo que arrastra este gran viento: cybervigilancia, geolocalización, crisis medioambiental, sobrepoblación, vida de plataformas, alimentación y farmacología, etcétera.

¿Vos creés posible que otro tema haga menguar al coronavirus? ¿Guerra? ¿Otra pandemia? Lo único que sé, es que para que el agenda *setting* de los años venideros logre tapar o bajar del *trending* a este virus, tiene que ser algo global, de efectos ambientales o salubridad, y con gran intervención en los medios.

*from: José Heinz <joseheinz@gmail.com>
to: Elian Chali <elianchali@gmail.com>
date: Apr 13, 2020, 7:37 PM*

Tengo que reconocer que cuando recibí tu mail me dio un poco de ansiedad, porque sabía que me quedaría la cabeza incendiada por un rato, y son tiempos que ya de por sí predisponen a pensar mucho y en un mismo lugar, como si se recalentara nuestro motor interno. Pero, bueno, acá estamos de nuevo y llegan más noticias desde el encierro. Empiezo por tu pregunta final, sobre la posibilidad de que venga un tema que corra por un rato la presencia constante del coronavirus. Lo veo muy difícil, pero el otro día leí que la próxima pandemia podría estar mucho más cerca de lo que queremos creer si no cambiamos algunos hábitos. Y con respecto a una guerra, casi te diría que ya estamos en una antesala, sólo que esta vez no hay soldados ni tanques (aunque los haya en otras partes del mundo, sin tanta prensa), sino que se libra de forma digital y diplomática. ¿A qué potencias irán a recurrir los países en desarrollo cuando necesiten reactivar sus economías? ¿Cómo seguirá USA después de esto, teniendo en cuenta el poderío que mostró China en estos últimos meses?

Comentario relacionado con esto de las guerras. Hay una frase que leí bastante estas semanas y que me parece atroz. Es esa que dice “tus abuelos tuvieron que ir a la guerra, a vos te toca quedarte en tu casa”. Tiene ese tono sobrador de los que bajan mensajes en clave paternal, como echándote la culpa. Por supuesto que esta situación no es equivalente a una guerra, pero no podemos subestimarla: hay días en que vivir encerrados se parece bastante a una versión del infierno, y no lo digo puntualmente por nosotros, sino por otras personas que viven en contextos mucho más extremos. Pero supongamos que ese eslogan paternalista nos hablara a nosotros: ¿por qué le baja puntos a los estados de angustia, depresión, tristeza o ira que implica un confinamiento

obligado? ¿Por qué lo reduce todo al aburrimiento, como si fuera lo único que una persona con las necesidades básicas cubiertas pudiera sentir en medio de un encierro que lleva ya varias semanas? ¿No es irresponsable? Anular todas esas emociones para simplificarlo en esa dicotomía GUERRA-QUEDARSE EN CASA me parece por lo menos peligroso.

Y eso me lleva inevitablemente a una ideología que apareció en esta era del covid19: la militancia por la productividad, como una variante de la dictadura de la felicidad de Ahmed. Si la “promesa” de la felicidad implica seguir una serie de elecciones, como planteás en tu último correo, esta nueva época nos está exigiendo nuevos mandatos sociales, adaptados al encierro: comé sano, ejercitate en el metro cuadrado disponible de tu monoambiente, leé, mirá series y películas. Y cada uno de estos mandatos encierra otros más específicos, como una especie de mamushkas de nuevos valores del capital: comé sano y cociná más que nunca, o comprale las frutas y verduras al emprendedor así de pasadas una mano a las pymes que están en la lona; ejercitate a través de este profe, que la tiene muy clara en equis disciplina y tiene muy buenos comentarios en YouTube; leé, sí, pero no leas tantas noticias, aprovechá que una universidad que está en la otra punta del mundo puso a disposición su biblioteca para que descargues gratis (gratis, otra palabra fetiche de estos días) todas sus investigaciones; mirá películas, pero no las mierdas que te ofrece Netflix, sino verdadero cine, ese que nunca veías porque no tenías tiempo. Y así continúa el evangelio de los productivos: quizás el próximo Jesús sea un *runner* o un cocinero.

Esto va en consonancia con tu idea de la tutorialización de la vida, con el agravante de que siempre vamos a estar en desventaja con el maestro de ceremonias: corremos detrás de una zanahoria hecha por algún diseñador 3D. ¿Qué puede hacer un artista en este contexto? Tengo la respuesta cada vez

menos clara.

Pero me gustaría terminar este correo con una inquietud. Empiezo a notar que el encierro y el aislamiento nos vuelven más proclives a generar contenido de lo que sea (contenido, otra palabra que va a servir para explicar este presente a los habitantes del futuro). Quizás es sólo una impresión mía, pero siento que antes teníamos más precaución al compartir cosas, así fuera un audio de WhatsApp, porque sabíamos que de alguna manera corría el riesgo de llegar a los oídos equivocados. Hoy resignamos cualquier tipo de privacidad a cambio del contacto con nuestro círculo social, desde una reunión virtual entre funcionarios de alto perfil hasta el *sexting* que podamos tener con otra persona. Al no contar ya con encuentros cara a cara, hoy toda nuestra cotidianidad está mediada por internet, que es manejada por grandes empresas (Google, Facebook, Amazon, etc) y los gobiernos. Te escribo un mail a vos, pero con la certeza de que, de alguna manera, podrá ser leído por otros. ¿Volverá la privacidad tal como la conocimos alguna vez? ¿Las nuevas generaciones se resignarán a que eso ya eso no exista más? ¿Se volverá un concepto histórico?

La izquierda solía tener un lema para denunciar cualquier sistema opresor: te quieren sumiso. Hoy nos quieren productivos y solidarios, para que nos sintamos bien con nosotros mismos y lo compartamos en las redes, para que hagamos pública cualquiera de estas acciones.

from: Elian Chali <elianchali@gmail.com>
to: José Heinz <joseheinz@gmail.com>
date: Apr 20, 2020, 6:46 PM

Creo que el aburrimiento, por lógica de oposición con la

diversión o el entretenimiento, aparece como la primera emoción a tratar o a “combatir” –pensado en los términos occidentales que proponen modos tácticos de abordar las emociones para lograr una vida “equilibrada”– porque opera como “emoción madre”, o como sustituto arrebatado de la felicidad. De algún modo, si estamos entretenidos, no tenemos el margen de tiempo ni el espacio espiritual para darle lugares a otras derivas emocionales en la cuarentena. Es decir, no le damos lugar a la angustia –entre otras, como la ansiedad– y, volviendo a lo que te decía en otro mail, la angustia es una emoción inferiorizada/inferiorizante.

Por otro lado, hay que asumir que muchas de las propuestas para no estar aburridxs terminan cayendo en lógicas de productividad, ya sea por producción o por consumo. Pienso que el aburrimiento tiene una relación directa con el tiempo muerto y la biopolítica localiza a éste como una amenaza. No solamente porque la maquinaria nos necesita en movimiento (aunque sea sedentario el movimiento), sino porque el tiempo muerto es un marco para el esparcimiento, para el ocio. Además de que considero que aburrirnos nos permite tener experiencias comparativas para cuando estamos no-aburridos, y poder tener una valoración distinta del tiempo aprovechado. El aburrimiento nos convoca a recorrer espacios emocionales soslayados por el entretenimiento continuo, que pueden ser activadores de nuevas formas de vida. En pocas palabras, creo que en el aburrimiento y la angustia podemos encontrar mucha potencia.

Por otro lado, es real que los discursos y productos culturales que consumimos están apuntados a una realidad social específica que atraviesa la cuarentena con algunos asuntos medianamente resueltos, como el hambre, el techo o la salud. Esto nos enfrenta a una realidad que es que el entretenimiento/aburrimiento, según cómo lo plantea la

agenda cultural de esta coyuntura, tiene un sesgo de clase bastante marcado que nos obliga a reflexionar sobre cómo se divierten y cómo se aburren en los distintos niveles sociales, pero creo que no estás listo para esa conversación. Jajajaja <3

Como un apartado sobre lo anterior, y respecto a cuáles son las actividades o entretenimientos, e incluso los comportamientos cívicos adecuados (pasando por lo sanitario, higiénico y urbano) para transitar esta cuarentena de la mejor manera para vos y para el mundo, pienso que son todas propuestas intermedias, que lo que reafirman es que el objetivo es tener al sujeto inhibido. ¿Por qué te digo esto? No solamente que nos están preparando el campo ético para facilitar la administración de nuestras vidas en las nuevas estrategias de control que se están diseñando en este ínterin como la cybervigilancia, *tracking* humano geolocalizado, datos, algoritmos, estadísticas o fármacos, sino que también nos tienen observando lo que les conviene que veamos. Te doy un ejemplo: ¿qué pasaría si las universidades, con sus respectivas especializaciones, nos estuvieran preparando para el ingreso a la vida total de plataformas? ¿Qué ocurriría si los tutoriales para hacer pan casero nos enseñaran de una forma didáctica, estética, lúdica y divertida cómo programar? ¿Dónde están lxs miles de abogadx y especialistas en Derecho problematizando las nuevas crisis de datos y privacidad? ¿Y si TikTok tuviera una base cooperativa y que cada reproducción o video tuviera una mecánica solidaria de algún modo? Sé que lo que planteo tiene olor a trosko y la respuesta es muy fácil, ¿no? Pero me asusta cómo nos está llevando puesto el camión digital y nosotrxs accediendo sin problemas por el verso de la gratuidad.

Lo que me parece interesante del fetiche de lo gratis es cómo se ha emparentado a la palabra libertad. El primer arranque bucólico que tuvieron los fanáticos del *copyright* fue hacer un acto de generosidad con la humanidad presa “liberando”

sus productos privativos de mierda. Desde música, libros, cine, hasta *software* y patentes, todxs embanderándose con políticas propias del *copyleft*. Por un lado, se hace archievidente que los intereses de sus políticas privativas siguen a flor de piel, pero con la diferencia que han visto el negocio del capital simbólico al dejar circular libremente los contenidos. Y por otro lado, A) está claro que es una postura bastante cómoda liberar los contenidos cuando la gente está encerrada y no puede gestionar o movilizar esas herramientas, y B) el exceso de información que inunda el ecosistema de internet es su propia trampa; no accedemos porque es demasiado, nos sofocamos mucho antes de poder seleccionar. Es la gran trampa que propone la biblioteca virtual: poder acceder a todo el conocimiento del universo, pero no poder aprovecharlo.

¿Y qué puede hacer unx artista en este contexto? No sé, por ahí la respuesta se encuentra en el no-hacer. En pocos meses vamos a ver las ruinas de la cultura y pienso que el sueño utópico sería no ir corriendo a levantar los escombros para reconstruirla, sino más bien dejarla morir del todo para que se transforme en abono, tierra fértil de un nuevo mundo. Lo único que sé es que lxs artistas tenemos la posibilidad de proponer fugas al sentido común establecido, y desde mi humilde perspectiva, sólo veo desesperación alrededor. Opto por el silencio y la quietud, puede que ahí esté el contraste entre tanto barullo.

Es que es una ecuación. Ahora toda la sociabilidad pasa por las plataformas, o por lo menos en este tiempo, que de igual modo es un anticipo de modos de sociabilidad virtual aún más agresivos que los que corren en estos días. Entonces negociamos, negociamos con nuestra privacidad (que no pesa en el bolsillo y su omnipresencia le quita importancia) a cambio de un bien que hoy se encuentra cancelado, como puede ser el encuentro, la acumulación de capital

simbólico, la excitación sexual, etc. Entonces, en esa ecuación de supervivencia que nos construyen –y al igual que un smartphone sellado, es imposible de intervenir– nos obligan a manipular dígitos que hoy no hemos politizado del todo, como son los datos. Yo creo que el *hack* de la cuestión es que nos demos cuenta que la supervivencia de ese ser social ya no importa, porque estamos frente al establecimiento de un nuevo ser social que se viene asomando los últimos 20 años. De algún modo, la ecuación de supervivencia protege a un prototipo de humano anterior, que ya ha quedado obsoleto pero que aún encarnamos y no logramos soltarlo. Esta ecuación de supervivencia tiene anclaje en la nostalgia, pero con la memoria histórica *blureada*.

Para mí, el conflicto de la privacidad y datos personales es una actualización de la concepción de la propiedad privada que se venía torciendo bastante, y se remonta a tiempos inmemoriales. El que primero armó el cerco, guardó la cabra y la explotó para su propio beneficio, lo que hizo fue generar una relación de un adentro y un afuera, una división territorial, una frontera semiótica. Si quisiéramos problematizar la privacidad, en pos de recuperarla, deberíamos hacer un trabajo deconstructivo demasiado grande. Pienso que la privacidad posiblemente esté por desaparecer, ya que se vienen corriendo esas fronteras. Foucault lo advirtió con la biopolítica hace más de 30 años y se nos ha metido en las tripas.

Mi propuesta, con reverberación anarca, es modelar un sendero ético sobre la intimidad, pensarla como un territorio de incertidumbre que opere como trinchera algorítmica, que si nos sobrevuelan los cyberdrones, tengamos un camuflaje que nos muestre obedientes. No puedo imaginar una recuperación de la privacidad y tampoco creo que sea muy difícil soltarla. Digo, la doctrina de la transparencia siempre

termina ganando más. Pero pienso que en la oscuridad, en los terrenos sombríos íntimos, existe un nuevo ser que posiblemente nunca descubramos, pero nos guiará con curiosidad política.

¿Y vos? ¿Ya estás sofocado de vos mismo? Porque si esta es la nueva normalidad, en algún momento nos vamos a cansar de todo. Es decir, ¿cuáles van a ser las interrupciones equivalentes de nuestra vida cotidiana previa a la pandemia, en el futuro? Porque así no se puede vivir. Es invivible esta vida. Como propuesta para que vos me desarrolles, te tiro esta pequeña línea: la doctrina emocional y las estrategias comunicacionales se van a basar en un supuesto extremo estado de bienestar logrado por las estrategias de control.

from: José Heinz <joseheinz@gmail.com>
to: Elian Chali <elianchali@gmail.com>
date: Apr 26, 2020, 7:40 PM

El otro día leí una noticia curiosa: unos programadores desarrollaron un *deepfake* (esos videos en los que se puede simular a una persona hablando; es decir, que le podés hacer decir algo que no dijo a alguien) para usar en Zoom, la *app* de videollamadas de moda. El [video](#) mostraba la charla entre una chica y un chico y en un momento aparece la solicitud de un tercero para unirse, que resulta ser Elon Musk. Musk aparece, se lo ve confundido, dice que cree que se equivocó de reunión, los saluda, le elogia el color de pelo a la chica y se va. Es una broma clásica, la novedad es la tecnología y la plataforma: el chico es el que hace la broma, la que cae en la broma es la chica y Musk es el *fake*, el recurso humorístico. Según vi, podés usarlo con otros famosos, como Eminem y Steve Jobs, de forma bastante creíble. Es fácil imaginar una versión argentina de este programa-prank, con Maradona apareciendo en medio de una reunión balbuceando alguna idea o Francella diciendo alguno de sus latiguillos clásicos,

para que después el que la hizo lo grave y lo suba a sus stories de Instagram etiquetando a los que cayeron en el chiste.

Pero el recurso tiene un efecto más inquietante y menos gracioso si usamos un poco la imaginación. Ahora que nuestras comunicaciones se dan casi exclusivamente de forma virtual, ¿qué tan lejos estamos de *deepfakes* de médicos, psicólogos, incluso gente cercana? Cuando le quitás la *celebrity* a la ecuación, la cosa se vuelve medio triste. ¿Estaremos lejos de *bots* para tener sexo virtual? ¿De organizar una cita con una inteligencia artificial que nos diga lo que queremos oír para no sentirnos tan solos? La película *Her*, de Spike Jonze, indaga un poco en esa idea. Un hombre melancólico y solitario que se enamora de un sistema operativo. El final es agri dulce, pero remarca la necesidad de contacto humano, algo que esta pandemia puso en jaque. Y así surgen eslóganes ingeniosos que subrayan nuestra soledad en estos momentos: separados pero más juntos que nunca, distancia social pero no humana, etc, etc. ¿Será invivible esta vida, como sugerís al final de tu último mail?

De las pocas cosas que tengo en claro en esta situación es que algunas cosas llegaron para quedarse, porque venían desarrollándose de a poco, cocinándose a fuego lento, y ahora se instalaron a la fuerza. Las videollamadas son un ejemplo claro. Esta virtualización de la vida, a la que nosotros vamos a poder adaptarnos más o menos bien porque llevamos años laburando con herramientas digitales, va a dejar afuera a una parte muy significativa de la humanidad, por cuestiones generacionales o económicas. Y estas desigualdades se van a ampliar más con el correr de los meses si esto sigue así, por eso el discurso de la productividad en el confinamiento me parece tan peligroso. Exacerba los privilegios, resaltar con marcador flúor, como si fuera un apunte universitario, las cosas que algunos nos podemos dar el lujo de hacer y muchos

otros no. Y todo a la vista de todos: la vida privada como una ventana al mundo, como ejemplo de lo que hay o no hay que hacer.

Creo que tiene puntos en común con tu idea de la propiedad privada. Es imposible escapar de ese panóptico cuando todos somos potenciales víctimas y victimarios (somos proclives a contagiar y ser contagiados del virus). ¿Has leído algún texto que apunte a eso? A que tenemos ese doble rol, quiero decir. Porque percibo cierta superioridad ética de algunos sectores que nos culpan por nuestra alimentación, nuestra forma de mantener la economía o de hacer política, como si no fueran conscientes de que todos somos responsables y protagonistas de esto en mayor o menor medida.

Y en cuanto al artista como contraste, esa idea tuya de silencio y quietud frente a la pandemia, es interesante pero imposible de llevar a cabo: incluso en esa pasividad, estoy seguro de que tu cabeza está creando algo. Este intercambio es el ejemplo concreto, pero voy más allá. Quiero decir, es inevitable que cuando vuelvas a producir obra esta situación se va a filtrar, aunque sea de manera inconsciente. Algunos comparan la cuarentena con la idea de “hibernación”, pero el eje es el mismo: aunque estemos guardados, nuestra cabeza sigue funcionando, incluso a un ritmo más salvaje que en la vieja normalidad. ¿De qué otra manera explicás el insomnio, ese otro agente silencioso que afecta la rutina por estos días?

Al contrario, yo creo que el arte va a activarse de forma muy concreta en esta época, sólo que no será de la manera más obvia. Aunque en el fondo el hecho artístico mantenga formas que ya conocemos, apuesto a que el cambio va a venir de la tecnología y la plataforma, como el chiste de *Zoom*. Digamos que no va a ser un recital por *streaming* ni el paseo virtual por un museo, sino algo que sabremos reconocer cuando

aparezca, aunque todavía no lo podamos nombrar.

from: Elian Chali <elianchali@gmail.com>
to: José Heinz <joseheinz@gmail.com>
date: May 6, 2020, 9:54 PM

Muy interesante lo que planteás. De algún modo, *Her* es una interpretación estetizada de lo que plantea Donna Haraway en su ensayo *El Manifiesto Cyborg*, esa suerte de borramiento de la frontera animal-máquina-humano, ¿no? Pienso en lo *queer* de dismantelar esos límites, localizando nuevas formas de identidad en lo que aún no somos. De algún modo, ¿una forma de futuro? Porque creo que las circunstancias que señalás previamente en el primer párrafo, como el sexo virtual o esa cosa extraña de ocupar una corporalidad ajena a través de un *software* (si bien considero que son circunstanciales de hoy porque la posibilidad de habitar una corporalidad no-propia resulta gracioso o todavía no está lo suficientemente monitoreado por los aparatos de la legalidad –oooootro mega asunto para discutir–, o mejor dicho, todavía no hay una ética suficientemente elaborada sobre la construcciones de avatares, de nuestros sujetos-en-virtualidad), son un gran ensayo general para un modelo de identidad basado en una ficción tecnosomática que, como señala Paula Sibilia en su libro *El hombre postorgánico*, se trata de la biología y la medicina insertas en un proyecto sociocultural que construye un nuevo lugar de significado a los organismos. De alguna forma nos vamos adaptar, el tema es bajo qué costo será esa nueva gestión de los cuerpos.

Y enlazándolo con tu idea de cosas que llegaron para quedarse, creo que hay que esperar que se organicen las fugas; ver las respuestas que suceden en grupos humanos reducidos, observar cómo aparecen las nuevas formas de cooperación. Después de todo, el universo se sostiene desde el holismo (holístico), y en las nebulosas epocales siempre

surge la cooperación como salida. Ojo, no quiero decir que esta situación esté configurando una posibilidad desde lo solidario, de hecho pienso todo lo contrario: estamos todos cada vez más mierdas entre nosotros, el tema es que todavía no estamos tan, tan mal como especie, y al verdadero miedo (el terror, esa incertidumbre de la muerte, pero no la muerte individual, la muerte de la humanidad) no lo hemos vivenciado aún. Insisto, es un ensayo general. La mierda que vamos a comer en la próxima década va a ser lo que escriba la historia y el coronavirus, lo vamos a ver de reojo sobre nuestros hombros con desprecio por su condición indefensa.

Guarda, que eso es el neoliberalismo, entrometiéndose en tus vísceras. Sin dudas somos responsables todxs en mayor y menor medida, pero las formas de vida contemporáneas no son simplemente un lugar que fue sucediendo, que consensuamos sin más. El tema es que no resulta fácil señalar a lxs responsables. Primero, porque no es una persona específica (aunque me gustaría decir que sí, y señalar a los déspotas de turno), y segundo, porque esa responsabilidad se transfiere, es escurridiza, cuando creés que tenés al enemigx en la mira, adopta nuevas formas *and so on and so on*. Pienso que el chiste neoliberal es justamente tenernos conspirando en una suerte de horizontalidad aplastada por la miseria, señalándonos entre nosotrxs, culpabilizándonos, responsabilizándonos. Si queremos pensarlo desde una completa racionalidad, hemos fracasado como especie. Mirá lo que le hacemos a la tierra. Básicamente le rogamos, le imploramos, le suplicamos... ¡que nos desaparezca de una vez!

Faaa, me gusta mucho pensar en el insomnio como un agente silencioso. Hoy hablaba con una amiga sobre la ansiedad como un síntoma del cuerpo que indica que no puede, que está elaborando, que se encuentra en colapso. Pienso que la ansiedad es del mismo campo emocional que el insomnio, y

estoy seguro que especialistas tienen una opinión sobre esto, pero podemos pensar desde nuestra propia carne que son cosas que nos están pasando a casi-todo-el-mondobizarro.

Sin dudas, estas circunstancias están atravesando el universo creativo, y algunxs lo agarran desde un lugar formal, propio de la picazón de manos, del tener que hacer porque su motor de vida está en eso, lo real de su existencia se encuentra en hacer aparecer desde su hacer.

Lo que yo propongo –y en esto no quisiera ser doctrinario– es emanciparnos de ese agresivo carácter productivo con el que nos somete el capitalismo. Es decir, permitirnos ahondar en otras formas. En la misma charla con mi amiga, señalábamos cómo el confinamiento despertó o señaló formas de hacer, de crear desde nuestra propia práctica, y que se venían postergando por la propia tracción de la cotidianeidad. Es decir, ¿puede el encierro ser un marco para la libertad? ¿Por qué resurgen estas formas y, consigo, sus nuevas formas de valoración? ¿Por qué otras se apagan drásticamente? ¿Es sólo una liberación de nuestra memoria RAM cognitiva para poder dar paso a formas de agenciamiento y así volver tolerable este tiempo? Algunas preguntas que me resuenan repasándome a mí, a mis prácticas, a mi vida.

Quería comentarte todo lo de arriba a modo de introducción sobre algo en lo que vengo pensando hace varios días. Hay una suerte de creencia sobre el efecto “criogénico” en el tiempo que está haciendo esta cuarentena, en el que, fenomenológicamente, a lo Walt Disney, un día nos pondrán en el microondas de la ciudad y, bajo el calor de los transformadores urbanos, vamos a volver a la normalidad. Pero nuestro querido Walt suspendió su sistema operativo en un tiempo y, si vuelve, será en otro. Quisiera preguntarte por qué creés que hay esa resistencia a asumir que la vida también

está pasando hoy. Te pregunto esto a vos porque tenés elaboradas algunas opiniones sobre la nostalgia. El futuro, como ese lugar en la economía temporal que no existe aún y opera como promesa, ¿está de algún modo confabulando con el pasado para congelar el presente?

El mismo día de la muerte de Florian Schneider, uno de los fundadores de Kraftwerk, nació X Æ A-12 Musk, hija de Elon Musk y Grimes. Pienso que esta fortuna de las casualidades, de algún modo, nos propone como un cierre de ciclo en la apertura de otro. El matrimonio Musk-Grimes me parece de los hitos pop más interesantes de la última década, pero ambos plantean su *statement* en torno a la identidad a través del nombramiento de su hijo. Me gusta esa cosa de fragmentar la cristiandad del nacimiento, aun cuando considero peligroso el juego con una vida. Vamos, que durante la cuarentena no sé cuántos niños llamados Covid hubo ya. Somos idiotas desde siempre, y los nombres no dictaminan nuestra forma de identidad final –aunque el nombre sea una clausura de género, entre otras cosas–, pero pienso que esto inaugura algo. No sé, quiero pensar en esa conexión, vos que tenés más estudiado a Kraftwerk quizás me podés ayudar a hilvanar.

from: José Heinz <joseheinz@gmail.com>
to: Elian Chali <elianchali@gmail.com>
date: May 10, 2020, 9:53 AM

Ya que empezaste con lo de humanos-máquinas y lo terminaste con Schneider, largo por ahí: Kraftwerk fue uno de los primeros agentes culturales que jugaron con la idea del hombre-máquina en un sentido popular, de cierta masividad. De hecho, una de sus obras cumbre se llama *Man-Machine* (1978) y empieza con un manifiesto, una canción que se titula *We are the robots*. Lo pongo en inglés porque así es como se popularizó, pero existe la versión alemana del álbum, que me parece más precisa para ilustrar la idea, no sólo porque es el

idioma nativo del grupo, sino porque explica su ideología: surgieron después de la Segunda Guerra, con las marcas del nazismo en su sociedad, en un contexto en el que la industrialización (y el capitalismo) adquiriría una nueva fase (traducido al castellano, “Kraftwerk” es “central eléctrica”).

A lo que voy es que Schneider y compañía no sólo vislumbraron una cierta idea de futuro al que nos estamos acercando (la automatización del trabajo, el artista como “obrero”, un minimalismo musical muy en sintonía con cierta arquitectura alemana de espíritu angular), sino que lo hicieron para ubicarse en la vereda contraria al rock de los ‘70, que era justo lo contrario: la emoción de los instrumentos y las voces como recurso “humano” y antídoto a lo maquinal, el artista como agente con cierto aura, que se diferencia de lo serializado. Hasta en lo visual son la antítesis: Kraftwerk como hombres de oficina, con trajes y peinados engominados, versus el rockero promedio, con jeans, botas tejanas y melena desprolija.

La idea del hombre-máquina adquiere un halo profético en Kraftwerk y un espíritu melanco-hipster en *Her*, pero en la era covid19 está empezando a mostrar facetas mucho más acentuadas, como las fiestas virtuales, los velorios *online* o el *sexting*. Es como aplicar una capa de ciencia ficción a la realidad, pero con matices locales. Me explico: he visto muchas críticas a la fiesta Bresh en su modalidad Instagram Live, pero creo que lo que en realidad molesta a muchos es lo que representa (chicos jóvenes y con cierta pretensión, bailando música comercial y dejando mensajes para dar cuenta de que están ahí, que quieren ser vistos a través de esos mensajes, como un equivalente plano del vip detrás de la cabina), mientras que La Pepa Brizuela no es carne de cañón en redes por sus *lives* porque canta unos cuartetos espectaculares y, en definitiva, eso sería mucho más auténtico

que una fiesta de moda. A eso me refiero con matices locales, y por eso creo que en estos momentos la realidad supera cierta idea de verosimilitud: si un par de años atrás, un escritor cordobés publicaba una novela romántica en la que una pareja se conoce en un baile virtual, después de dejarse mensajitos públicos en una pantalla, agregarse a redes y chatear por semanas porque no pueden tener contacto físico a raíz de un virus peligroso, dudo que le hubiera llamado la atención al ámbito cultural de estos pagos. Y sin embargo, es lo que está pasando los sábados a la noche en la Córdoba de 2020.

No quiero dejar de responder tu pregunta sobre nuestra resistencia a creer que la vida también pasa hoy y por qué nos vemos forzados a la nostalgia. Tiendo a creer que ante un presente tan rutinario y un futuro tan impredecible (mayor desocupación, cambios en nuestros hábitos sociales, el miedo a lo desconocido), el pasado se idealiza como un lugar en el que teníamos ciertas certezas, cierta seguridad, cierta felicidad. No creo que sea un sentimiento particularmente nuevo, cada generación se debe haber sentido desplazada de su tiempo en algún momento. El otro día leí un [artículo de Caparrós](#) en el que reconoce que por primera vez en su vida está volviéndose conservador. Extraña sus viejas costumbres (viajar, hablar cara a cara con las personas) y, al notar que esas cosas tal vez no regresen, empieza a añorar el pasado, a idealizarlo. Primero se anhela algo que se perdió, después se despotrica contra el presente, ¿te suena? De ser conservador a reaccionario no hay tantos pasos de diferencia.

Si me preguntás a mí, la banda de sonido de la cuarentena son esos canales de YouTube que transmiten todo el tiempo *lo fi beats*, esa música hecha de pianos, guitarras y ritmos electrónicos pensada para calmar, tan sutil y repetitiva que pareciera ser todo un largo *track*, algo que se repite

indefinidamente con ligeras variaciones, como estos días que estamos viviendo. No me parece casual que las imágenes que acompañan esa música siempre sean jóvenes (dibujados a mano o hechos de píxeles) que están solos en su departamento, con lo básico (un escritorio, una cama, una taza de café, libros, discos, un gato) y una ventana en la que se puede ver la ciudad de noche. Incluso antes de toda esta situación del coronavirus, estos videos me parecían un *statement* de los *millennials* de clase media: soledad, modo *home office* con su *latte*, el departamento alquilado como certeza de que nunca van a tener casa propia. Y el balcón o la ventana como formas de comunicarse con el mundo: la ciudad desde arriba (las charlas de balcón a balcón se han vuelto un símbolo de esta época).

Para mí no hay canción que represente mejor ese estado de ánimo que *Neon lights*, otra de las canciones del disco *Man-Machine*: la letra describe una ciudad de noche, vacía, vista desde arriba a través de los carteles de neón. Me tiento cerrar el mail diciendo que Kraftwerk se adelantó una vez más al futuro, pero prefiero hacerlo con una pregunta: ¿Qué entendés vos por “nueva normalidad”? ¿Algo que va a ocurrir irremediabilmente, o es una expresión que proyecta una idea de futuro “mejor” o más precavido?

from: **Elían Chali <elianchali@gmail.com>**
to: **José Heinz <joseheinz@gmail.com>**
date: **May 24, 2020, 9:16 PM**

Me parece alucinante la lectura sobre Kraftwerk y su contraposición con el rock psicodélico de los '70, porque apela a una condición emocional directa y a un modo de producción de sentido y estética a través de la música. Ahora, yo me pregunto: ¿Cómo es posible que hoy a una misma persona le

guste Kraftwerk y Black Sabbath o, no sé, Pink Floyd? ¿Qué es lo que sucede en el paso del tiempo? ¿La perspectiva es universalizante? Pienso en un ejemplo similar del rock nacional: viejas y aburridas batallas como Los Redondos versus Soda Stereo no tienen cabida hoy, porque el usuario de plataformas musicales o el oyente salta de un género hacia otro sin problema, de una época a otra, de un modo de producir música a otro, no sé. Pareciera que se desdibujan las viejas fronteras que dividían sectores, o seguidores, incluso escenas. ¿Esta reconfiguración de la arena cultural musical será dada por la intervención de la tecnología de plataformas? Porque con las artes visuales pasan otras cosas, el fenómeno no es igual. Ni hablar las artes escénicas.

Respecto al tema que abrí desde la crítica pública a la fiesta Bresh, pienso que operan otros asuntos que están siendo obviados en esa lectura facilista que puede ser “el clásico sector adultocéntrico quejándose de la manifestación de los más jóvenes”, porque sí creo que hay lecturas sobre la propuesta que considero válidas. O por lo menos interesantes. Un ejemplo es cómo la fiesta reproduce la misma maquinaria lobbista de eventos nocturnos que viene sucediendo hace más de 30 años, pero con ciertos aires progresistas. Es decir, que en su propia estratificación, la fiesta cancela su potencia democratizante que ofrece a partir de la tolerancia a las diferencias. Otro tema que leí hace un tiempo y me pareció interesante es leerlo en los términos de apropiación de las formas de baile, e incluso de la música. Si bien con el lobby gay LGTBI en principio no adhiero del todo, está claro que la fiesta tiene una propuesta basada en la heteronorma, no solamente por quién se da un beso con quién (creo que ni hace falta aclarar que por darle un pico a un varón cis, siendo varón cis, no es una propuesta disidente hoy), sino por las relaciones que se establecen entre los distintos agentes de la fiesta. Obviamente eso tiene una intervención directa en

el perreo. Para resumirlo en pocas palabras: es una fiesta heteronormativa que instrumentaliza cierta estética *queer* por el propio orden de la agenda *setting*. También es verdad que si lográs estar en la cresta de cualquier cosa, como ya sabemos, más alto trepas, más te van a ver el orto. Hay que aceptar que los eventos con más *hype* son criticados a modo de termómetro de resistencia del imaginario popular, para ver si aguantan los baldes de mierda que te tiran de todos lados. Podemos pensar cuáles son las motivaciones de esas pruebitas sociales estúpidas, que de seguro están ancladas en el campo de la mezquindad o la envidia.

Vos sabés que yo soy gran defensor de la caravana, de la fiesta. La noche es una gran trinchera política y tiene otros asuntos transversales que por lo menos a nivel personal han sido claves en mi proceso de subjetivación, como las drogas. Si bien considero que los mecanismos de regulación químicos son parte del aparato disciplinar contemporáneo (pienso en el Prozac o en el MDMA), estas drogas, que tienen sistemas de distribución bastante parecido, construcción molecular similar, difieren en el contexto y en el motivo que habilita su consumo. Otro ejemplo interesante para pensar la noche como trinchera política es su condición antiprodutiva. Sé que me podés señalar que el consumo es una forma de producción en este capitalismo tardío. Hasta la imagen fabril que se construye en la masa humana en trance que genera la música electrónica tiene aires postfordistas, pero considero que ese lugar que opera como válvula que deja escapar las enormes presiones de la vida cotidiana, sin objetivo más que el placer (exploración con drogas, danza, acercamientos sexoafectivos, amistades, rituales, etc), no logra ser captado del todo por las formas productivas, y ahí reside una potencia tremenda.

Me gustaba esa experiencia de entrar en la trinchera política

de la noche en días que no fueran el fin de semana, porque de algún modo dinamizaba aún más esa cosa antiprodutiva que tienen los días laborables y los no laborables. Pienso ejemplos como los martes de hip hop de El Ojo Bizarro o los *afters* en ERA los viernes a la madrugada, eso de salir a la calle con arrastre mutante y ver cómo el mundo había comenzado a girar nuevamente en su hacer infinito. Son algunas de las grandes experiencias de mi formación autogestiva, y que aportaron mucho a mi mirada sobre las cosas. El universo de los recitales, que para mí ha sido, junto a salir a pintar graffiti, la plataforma de acercamiento a la noche, tiene sus propias características. Pero no me quiero ir tanto de tema, sólo señalarlo para reivindicarlo como algo potente.

A nivel personal, me resulta casi imposible participar de fiestas en las que no estoy con la gente que prefiero para esa experiencia. Son muchos años de modelar la experiencia de la noche, pero me parece fantástico que sucedan eventos como la Bresh o cualquier otra fiesta. Que haya más espacios de fiesta, más espacios de producción de sensibilidad por fuera de las instituciones establecidas o los lugares comunes como el hogar, el club social, la escuela, la fábrica, el espacio laboral, etc. Creo que son bastante inteligentes en habitar sin vueltas su propia condición de nativos digitales, e incluso poder hacer de eso un negocio rentable, aun en esta coyuntura de encierro. Además, convengamos que en algún momento pasará, como han pasado tantas fiestas de tantas épocas que han propuesto fórmulas similares. Lo importante no es que pase, sino que no dejen de pasar. Hoy el turno es de esta fiesta (y de muchas otras más, vale aclarar) para un público particular, en contexto puntual, pero hay que estar atentos a que los sistemas de adoctrinamiento del tiempo libre, ocio o esparcimiento no nos quiten la noche, no logren administrarla del todo. Esa sería la amenaza real.

Con respecto a tu última pregunta, todavía no tengo un

significado claro de “nueva normalidad”, aunque sí los motivos de por qué no me resulta relevante definirlo.

Acá voy: por un lado, pienso que la norma aplicada a nuestras vidas, y construidas bajo parámetros regulatorios del comportamiento social, es un aparato que se actualiza constantemente, como un *update* automatizado que opera de manera imperceptible. Por lo tanto, pensar en términos de “nueva” o “vieja” normalidad sería un error, ya que la normalidad se sostiene gracias a su móvil dinámico, que metaboliza las nuevas condiciones de los distintos contextos donde tracciona. Su gran capacidad de adaptabilidad es una característica perversa que no teme por su rechazo popular, porque tiene la certeza de que, finalmente, con paciencia, terminará triunfando. Esto podría señalarnos los niveles de docilidad a los que hemos llegado los distintos grupos humanos, o también cuán responsables somos en negarnos al control de nuestros cuerpos (más bien, reconocer si es posible negarse), pero creo que lo más importante es señalar de que la normalidad siempre impera.

Es una característica esencial, que en la alta densidad demográfica de las últimas décadas se vuelve casi indispensable en el ordenamiento de todo. Claro que creo que debemos cuestionarlo, una forma sería cuestionar la globalización. Pienso que donde se puede agrietar esa normalidad es en grupos reducidos de personas aspirando a una autonomía que nos permita modelar nuestras formas de vida. Aunque esto pueda ser un sueño anarco visto de un lugar y un privilegio burgués en su capacidad de realización, creo que no hay que abandonarlo como horizonte, como referencia.

También creo que el término de “nueva normalidad” es una forma de nombrar una realidad que ha sido interrumpida, una estrategia para comprender lo que está sucediendo, un

alerta de que las cosas están cambiando. Para mí, y muy a mi pesar, adhiero a los testimonios de Houellebecq: no estamos frente a nuevo despertar, todo seguirá igual, o incluso peor. Esto no es un devenir, es pura entropía.

A mí lo que me resulta más publicitario (y plastificado) es el *slogan* “no volveremos nunca más a la normalidad, porque la normalidad era el problema”. Si bien adhiero radicalmente a que la normalidad es el problema, creo que es una suerte de fantasía inocente pensar que no volveremos a ella. Primero, porque nunca dejamos de habitarla, sólo se renuevan determinados disfraces o paisajes; y segundo, porque la organización de los cambios sociales que nos liberan de la maquinaria no suceden de un día para el otro; de hecho, sería muy generoso con nosotrxs mismxs aceptar los niveles de sometimiento a los que hemos llegado en esta cuarentena sin que sucedan, al menos, pequeñas insurrecciones, como un modo de bajar a realidad la fantasía y modelar un deseo que sea menos sensacionalista y de corte utópico. Claramente todo esto para mí es un gran llamado a la organización.

Lo discutía con una amiga hace unos días, para mí el mundo siempre está empeorando y para ella siempre está en una constante mejora. La respuesta más honesta que pude darle a su idea de corte evolucionista se cae con la superpoblación que nos obliga a leer en contextos y coyunturas específicas para abandonar el romance de una humanidad. Está claro que fracasamos como especie, sólo hace falta ver lo que le hacemos a la tierra para comprobarlo, pero sin dudas existen tantas formas de existencias y de vida distintas que no se puede pensar en una sola normalidad, una sola humanidad, una sola realidad. Sería reduccionista e injusto.

Aún puede dar muchos giros en el aire esta situación, pero creo que, teniendo súper presente lo que ya pasó (la

historia reciente), hay que comenzar a construir una forma de resistencia de base ética respecto a nuestra fusión con la tecnología. Ya vemos cómo la biopolítica se nos entrometió hasta en nuestro ADN a través de la industria farmacológica y médica. Si no elaboramos una mirada crítica sobre el asunto, el nivel de administración de vida que vamos a sufrir en los próximos años va a ser insoportable. Grados de alienación imposibles de controlar, modos de vida insensibles, sin posibilidades imaginativas, sin potencias desmarcadas de la insoportable normalidad.

Desde el Centro Cultural España Córdoba tenemos el gusto de acompañar la publicación de Interín, una serie de diálogos entre Elian Chali y José Heinz.

En nuestro trabajo como gestores culturales, existen preguntas que motivan e inquietan la labor cotidiana, que subyacen y habitan lo subterráneo de la producción artística, con poco margen para emerger a la superficie. Es por esto que la lectura de las páginas de los intercambios entre Chali y Heinz tienen para nosotrxs, y nos atrevemos a extrapolarlo al resto de la sociedad, un carácter urgente.

Quienes se inmiscuyan en esta serie de intercambios, que amablemente Chali y Heinz decidieron compartir, encontrarán, más que ninguna otra cosa, interrogantes. Interrogantes compartidos por los hábitos y consumos culturales de las nuevas generaciones, por el rol del arte y las transformaciones que lo atraviesan. El diálogo entre ambos inició en un mundo pre pandémico y terminó en este mundo de incertidumbre que estamos habitando hoy. En este sentido, los interrogantes cobran otra dimensión y pueden ser una ayuda para entender y atravesar los momentos de angustia, como también un impulso para mirar a la cara a los fantasmas que acarreamos como humanidad.

El Centro Cultural España Córdoba no es ajeno a la realidad que atravesamos, y es por esto que cobra valor la propuesta de Interín como un oasis de preguntas en un universo que pretende nada más que certezas.

**Intervalo de tiempo que transcurre
entre dos acciones o etapas.**